

LA REVELACIÓN CELESTE: los pastores y el pueblo. Contraste entre los títulos atribuidos a Jesús y la señal dada por Dios (Lc 2, 6-12).

Carlos Escudero Freire
Licenciado en Ciencias Bíblicas.
Doctor en Teología.

1.- Lc 2, 1-20, contexto literario-teológico de Lc 2, 6-12.

La escena, objeto de este estudio, tiene como punto de mira *la revelación celeste*, los *destinatarios* de dicha revelación, y *la señal* dada por Dios a los pastores, en contraste con los títulos atribuidos a Jesús. No obstante, es conveniente examinar a grandes rasgos el contexto en que se inserta, para mejorar su comprensión. Este pasaje forma parte de una amplia perícopa (Lc 2, 1-20), cuyo centro está formado por el nacimiento de Jesús (2, 6-7), y la *revelación celeste* que da sentido pleno a ese acontecimiento (2, 8-12). Esta narración consta de dos partes bien diferenciadas: Lc 2, 1-5, con profusión de rasgos históricos, y Lc 2, 6-20, de marcado carácter teológico, en que la *revelación celeste identifica el evangelio –la buena noticia– con la persona de Jesús*. Así pues, Jesús, desde su nacimiento, se constituye en centro de la *historia de salvación*¹

Tampoco se trata de dos partes aisladas. Los contactos literarios son numerosos y relevantes, y le dan una unidad literario-teológica a toda la perícopa en torno al nacimiento de Jesús como centro².

¹ Hay autores que marcan la división de la primera sección de la perícopa Lc 2, 1-20, no en el 2, 6, sino en el 2, 8, cf., al respecto, K. Aland, *The Greek New Testament*, Stuttgart, 1968-2; *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brouwer; L. Alonso Schökel-J. Mareos, *Nueva Biblia Española*, 1993; C. Stuhlmueller, *Evangelio según San Lucas*, Comentario Bíblico “Sab Jerónimo”, Madrid, Ed. Cristiandad, 1972, 318; J. Schmid, *El Evangelio según San Lucas*, Barcelona, Ed. Herder 1968, 101; R.E Brown, *The Birth of the Messiah: A Commentary on the Infancy Narratives in Matthew and Luke*, Doubleday, Garden City, NY, 1977, 410. No obstante, la división parece que se debe establecer en Lc 2,6; en efecto, el carácter de la narración lo aconseja así, ya que, por contraste, da mayor relieve y nitidez al contenido del mensaje: en 2, 1-5, aparece la voluntad omnímoda del emperador Augusto que decreta un censo univesal; a partir de 2,6, con independencia del plan y proyecto del César, se realiza el plan de Dios sobre el recién nacido y el género humano, cf. M. Coleridge, *Nueva Lectura de la Infancia de Jesús*, Córdoba, Ed. El Almendro, 2000, 137. Además, en 2, 6 se encuentra la expresión característica de Lucas “*egeneto de en tô + infinitivo*”, que normalmente en Lucas señala un nuevo comienzo o un cambio notorio en el contenido: aquí señala el paso de la autoridad del César a la autoridad de Dios. Para el aspecto temporal de esta expresión lucana, a imitación de los LXX, cf. M. Zerwick, *Graecitas Biblica*, Romae, PIB, 1960, n°s. 387-389.

² “Belén”, vv. 4-6, y v. 15; “en aquella misma comarca”, referido a “Belén” de los vv. 4-6; “en la ciudad de David”, expresión unida a “Belén” en el v. 4; el verbo “*tiktô*” (nacer), en los vv. 6 .7, y en el v. 11; el niño “envuelto en pañales y acostado en un pesebre”, vv. 7b y 12; “José”, v. 4; “María”, v. 5; “María, José, y el niño acostado en un pesebre”, v. 16.

En relación con el carácter histórico de Lc 2, 1-5, baste decir que, aunque hay numerosos problemas en relación con el censo *de carácter universal* decretado por César Augusto, existe una seria probabilidad de que se haya llevado a cabo. Así, A. Stöger escribe: "Un censo general en todo el imperio romano, según se narra en Lc 2, 1, es más que probable según las fuentes históricas"³. El emperador Augusto atestigua haber llevado a cabo el censo de los ciudadanos romanos en el año 746 de la fundación de Roma (año 7 a. C.)⁴. Se tiene también noticia de un censo bajo Quirino en la ciudad de Apamea (Siria), pero no se ha podido establecer en qué fecha se llevó a cabo. En cuanto a que Quirino fuera el ejecutor del censo, existen también numerosos problemas al confrontar estos datos con la historia profana, tanto de Flavio Josefo como de Tácito. Tertuliano, a su vez, afirma que el censo referido en Lc 2, 2 fue llevado a término por Sencio Saturnino⁵.

Por lo demás, los exegetas y demás estudiosos de los evangelios reconocen que Lucas sobresale entre los evangelistas por su preocupación y búsqueda de datos de carácter histórico. Lc 1, 1-4 es el prólogo de su evangelio y de Hechos de los Apóstoles, y en él Lucas habla de "*la narración de los hechos –“diêgêsin pragmatôn”- que se han verificado entre nosotros*" En el mismo prólogo Lucas afirma haber tenido como fuentes a "*testigos oculares desde el principio*" (v. 2), y que él mismo ha investigado todo de nuevo con rigor (v. 3)⁶.

En relación con la segunda parte de la perícopa (Lc 2, 6-20), y tras una lectura atenta, se saca la impresión de hallarnos ante una escena bastante compleja. En primer lugar, se narra el nacimiento de Jesús (2, 6-7), donde María recupera el protagonismo que había tenido en pasajes anteriores del evangelio de la infancia⁷: no sólo da a luz, sino que es ella la que *lo envuelve en pañales y lo acuesta en el pesebre* (v. 7). Este hecho, al parecer sin relieve, en el v. 12 *se constituye en señal de la persona y presencia de Jesús* para los destinatarios de su mensaje. En 2, 8ss. nos encontramos con nuevos personajes,

3 *Vangelo secondo Luca*, I, Roma, 1966, 72.

4 En el *Monumento de Ancira* II, 2-11.

5 Respecto a las dificultades, objeciones, historicidad, e intentos de solución en relación al censo de Lc 2, 1-2, M. Coleridge, *o.c.*, 137, nota 7, afirma que faltan datos para afirmar la historicidad del censo, en contra de S. Muñoz Iglesias, *Los Evangelios de la Infancia* III, Madrid, BAC, 1987, 74; C. Escudero Freire, *Devolver el evangelio a los pobres*, Salamanca, Sígueme, 1978, 242-246; G. Ogg, *The Quirinius question to-day*, ExTim 89 (1968) 231-236; C.F. Evans, *Tertullian's references to Sencius Saturninus and the lucan census*, JourTheolStud 24 (1973) 24-39; D.J. Hayles, *The roman census and Jesus birth. Was Luke correct? I: The roman census system*, Buried History 9 (1973) 113-132; *Historia de Israel*, en *Comentario bíblico San Jerónimo*, V, Madrid, 1972, 508; J. Finegan, *Light from the ancient past*, Princeton, 1959; C.K. Barrett, *Die Umwelt des N.T. Ausgewählte Quellen*, Tübingen, 1959, 12s. ; G. Leonardi, *L'infanzia di Gesù nei vangeli di Matteo e di Luca*, Padova, 1975, 204-206; W.J. Harrington, *El Evangelio según san Lucas*, Madrid, 1972, 85-86.

6 En relación con el término "*diêgêsis*", cf. 2 Mac 2, 32; 6, 17, donde este vocablo está referido a una narración de estricto carácter histórico. Por el contrario, Marcos comienza su evangelio hablando de "*Orígenes de la buena noticia –evangelio- de Jesús, Mesías, Hijo de Dios*" (Mc 1, 1). Sobre los testigos oculares cf. A. Feuillet, *Témoins oculaires et serviteurs de la parole*, NT 15 (1973) 241-259.

7 José toma la iniciativa por primera vez en el evangelio de la infancia para obedecer la orden del César. María, por el contrario, ha sido la protagonista en la Anunciación (Lc 1, 26-38): pregunta al ángel 1, 34 y emite un acto de fe en el mensaje divino, 1, 38. Sigue tomando la iniciativa para visitar a Isabel, 1, 39, en el Magnificat, 1, 46-55, y toma la decisión de retornar a su casa 1, 56.

los pastores, que juegan un papel importante en todo el entramado⁸. Aparece *el ángel del Señor* (v. 9) para comunicar a los pastores el *mensaje celeste* (vv. 10-12). De improviso entra en escena una legión del ejército celestial (v. 13) que glorifica a Dios por la misericordia mostrada hacia los hombres en el nacimiento de Jesús (v. 14). *El ángel del Señor* da a los pastores un signo desconcertante y paradójico (v. 12). A partir del v. 15, los pastores toman la iniciativa: ellos que han sido los primeros *evangelizados* (vv. 10-12), se convierten en los primeros *evangelizadores* (vv. 17-18.20).

2.- Género literario de Lc 2, 8-20.

Nos podríamos, pues, preguntar, ¿hay algún género literario como base o estructura fundamental de Lc 2, 8-20?

R. Laurentin establece un paralelismo entre el anuncio del *ángel Gabriel* a Zacarías y a María, por una parte, y el anuncio del *ángel del Señor* a los pastores, por otra⁹. Se trata del género literario de *anuncios*, bien conocido en el Antiguo Testamento¹⁰, y cuyos elementos característicos son los siguientes:

- a) Aparición de un mensajero celeste.
- b) Turbación del destinatario del mensaje.
- c) Anuncio del mensajero divino.
- d) Objeción del protagonista.
- e) Confirmación del mensaje por medio de una señal.

Este cliché, a simple vista, parece cuadrar con Lc 2, 8-20. Hay, sin embargo, algunas diferencias que hacen sospechar que el *género de anuncios* no se aplica aquí con todo rigor. Los pastores, que son en primer lugar receptores, y luego protagonistas de la revelación celeste, *no ponen objeción alguna a la comunicación divina*. Por otra parte, la aparición del ejército celestial, alabando a Dios, tampoco casa bien con el género de anuncios. L. Légrand parece dar en el clavo, al afirmar que Lucas, “al componer esta narración tenía en su mente la tarea apostólica de los misioneros cristianos”¹¹. *El cliché de la predicación de la iglesia primitiva* se habría entrelazado así con el del *género de anuncios*. Ninguno de los dos clichés se encontraría en estado puro, pero polarizarían datos importantes referidos a los dos pasajes. Es el momento también de afirmar que Lc 2, 6-20 nos trasmite, sobre todo, *parte del mensaje esencial de la historia de salvación*, a través del nacimiento de Jesús, de la revelación celeste a los pastores, que incluye una señal desconcertante, y por la actividad evangelizadora de los propios pastores. La fe de

⁸ Consideramos, por el momento, sólo la parte cuantitativa: el término *pastores* (“*poimenes*”) sale cuatro veces: vv. 8.15.18.20, pero se hace constantemente referencia a ellos por medio de pronombres personales y demostrativos: *hymín*, vv. 11.12; *hémín*, v. 15; *autón*, vv. 8; *autois*, y *autous*, vv. 9.10.17.20.

⁹ *Traces d'allusions étymologiques en Luc 1-2*, Bi 37 (1956)446s. ; R. Laurentin, *Structure et théologie de Luc I-II*, Paris, 1957, 126, nota 3, pone de manifiesto el paralelismo entre Lc 1, 26-38 y 2, 9-15, subrayando que “lo que fue prometido en Nazaret, se ha realizado en el pesebre”.

¹⁰ Cf. Gn 17, 1-21; 18, 1-14; Éx 3, 2-12; Jue 6, 11-21; 13, 2-20.

¹¹ *L'évangile aux bergers. Essai sur le genre littéraire de Luc 2, 8-20*, RB 75 (1968) 161. La intuición de Légrand es fundamentalmente válida, aunque se refiere, sobre todo, a la segunda parte de la escena (Lc 2, 15-20). Por lo demás, Lucas utiliza este procedimiento literario-teológico también en otros pasajes importantes de su evangelio. Así, Lc 2, 41-52 prefigura la pascua. Las tentaciones de Jesús en el desierto (Lc 4, 1-13), anticipan, sobre todo, la tentación de falso mesianismo y *la gran tentación de su pasión*. La transfiguración (Lc 9, 28-36), gracias a los vv. 31-33 de inequívoco cuño lucano, anticipa prefigurativamente su misterio pascual en general, y *la ascensión*, como parte integrante de dicho misterio, en particular.

María en su hijo (2, 19), debida en este pasaje a la proclamación de los pastores, pone un digno broche de oro a esta narración, como ya lo había hecho en la escena de la Anunciación (1, 38).

3.- La revelación celeste (Lc 2, 8-12).

Una vez establecido el marco del nacimiento de Jesús, Lc 2, 1-20, y hecha la división entre las dos grandes escenas que la componen, Lc 2, 1-5, de carácter fundamentalmente histórico, en la cual se resalta la autoridad incuestionable del César, y Lc 2, 6-20, de carácter, sobre todo, salvífico, en la que la revelación celeste (Lc 2, 8-12) interpreta de manera desconcertante el nacimiento de Jesús, nos centraremos en analizar el pasaje de la *revelación celeste*, que tiene como principales destinatarios a *los pastores*, y, en estrecha relación con ellos, *a todo el pueblo* (2, 10), al que también va dirigida *dicha revelación*. Dios mismo proporciona *una señal desconcertante* como garantía de lo anunciado (2, 12), que resulta paradójica, sobre todo, al cotejarla con los títulos trascendentes atribuidos al recién nacido por la misma revelación: *Salvador, Mesías, Señor* (2, 11).

El texto dice así:

8 En aquella misma comarca –en Belén donde había nacido el niño (Lc 2, 4-7)- había unos pastores que pasaban la noche al raso velando el rebaño por turno. 9 Se les presentó el ángel del Señor, la gloria del Señor los envolvió con claridad y se asustaron mucho. 10 El ángel les dijo:

- No temáis, mirad que os traigo una buena noticia, una gran alegría que lo será para todo el pueblo: 11 hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un salvador, que es el Mesías, el Señor. 12 Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2, 8-12).

Este es el pasaje de Lucas que incluye *la revelación celeste* y sus principales destinatarios, *los pastores*. Para comprender su alcance, además del contenido, habrá que preguntarse a quiénes representan los pastores en esta escena. Al analizar los títulos que corresponden a Jesús desde su nacimiento y la señal dada por Dios, brota espontánea esta pregunta: ¿están *los pastores* y *la señal dada por Dios* en consonancia con las prerrogativas atribuidas a Jesús? Enseguida veremos que el hecho de que los pastores sean los destinatarios directos de la revelación celeste produce sorpresa y desconcierto, pero es Dios mismo quien se dirige a ellos, para hablarles sobre Jesús. Hay otros textos importantes en el evangelio de Lucas –entre los que destaca Lc 4, 18-21 y contexto-, por los que comprobaremos que el contenido de esta manifestación celeste *está anticipando y otorgándole credenciales divinas a la actividad y al mensaje de Jesús durante su vida pública*.

4.- Los pastores y su función en esta escena.

¿A quiénes representan, pues, los pastores en esta narración? Es verdad que hay una tradición bíblica favorable a los pastores, que refleja el honor debido a los patriarcas o al mismo David, porque todos ellos fueron pastores. Dios mismo ha sido considerado pastor

de Israel¹². Nuestro texto, sin embargo, no recoge estas tradiciones. El contexto inmediato y, en general, el horizonte de la obra lucana están a favor de la interpretación peyorativa. Para los contemporáneos de Jesús, los pastores eran gente peligrosa, siempre dispuesta al atropello. Por eso eran menospreciados y estaban totalmente marginados por la sociedad de su tiempo¹³. Eran considerados como delincuentes habituales, dispuestos siempre al robo y al pillaje, por lo que no merecían confianza alguna¹⁴. De aquí que no pudieran testimoniar en juicio. En este sentido, eran equiparados a los recaudadores de impuestos, considerados por los judíos como gente pagana. Éstos tampoco podían testimoniar en juicio¹⁵.

Para Lucas, esta gente pobre y despreciada, de manera especial por los dirigentes del pueblo, es precisamente la elegida por Dios para recibir la revelación celeste sobre Jesús como destinatarios privilegiados. A ellos va dirigido en primer lugar este mensaje de Dios, llamado *buena noticia*, y destinado a causar *gran alegría*. Estamos tratando uno de los puntos que conforman el corazón del evangelio. Los pastores pertenecían sin duda a la amplia y variada categoría de *los pobres de Yahvé*. Los fariseos los despreciaban porque, dada su vida nómada, no podían observar las prescripciones de la Ley¹⁶.

El contraste manifiesto entre la sociedad judía del tiempo de Jesús, con sus complicados mecanismos socio-económicos, los criterios selectivos y excluyentes de los dirigentes del pueblo, el tenor de vida de esta clase dirigente, por un lado, y, por otro, el proyecto salvífico de Dios, que, a través de una revelación celeste, escoge y señala a los *pastores* como destinatarios privilegiados del *evangelio*, es desconcertante y escandaloso. Los pastores, prototipo de la gente marginada, vilipendiada y menospreciada, son precisamente los elegidos por Dios para recibir los primeros *la buena noticia*, que es por eso mismo, *una gran alegría*, la del nacimiento de Jesús, que, adornado de prerrogativas divinas, viene a devolverles la dignidad *a los pastores y a todos aquellos a quienes ellos representan: las clases marginadas, oprimidas y explotadas*.

5.- Los pastores representan a los gentiles.

Hemos visto que *los pastores* eran una clase social completamente marginada y despreciada. Ahora vamos a ver otro aspecto importante de lo que representaban los pastores. Por no cumplir la Ley, *eran excluidos del pueblo de Dios*, eran considerados *no-pueblo*. En la práctica eran tenidos como gentiles. Los dirigentes religiosos del pueblo también consideraban a los *recaudadores* como gente excluida del pueblo de Israel. Por colaborar con los romanos, cobrando sus impuestos y enriqueciéndose con la extorsión que practicaban habitualmente, eran vistos como *pecadores públicos*. Así pues, tampoco ellos formaban parte del pueblo elegido. Lucas, pues, de manera sutil e irónica al mismo tiempo, está afirmando que Jesús viene en primer lugar para ofrecer su salvación-liberación a los gentiles. Por otra parte, al añadir (...) *“una gran alegría que lo será para todo el pueblo”*

¹² Sal 23, 1; 80, 2. Estos salmos recogen la idea de que Dios gobierna a su pueblo; la idea de pastorear, como gobernar, se encuentra también aplicada a algunos reyes de Israel: 2 Sam 7, 7; Jer 2, 8.

¹³ J. Schmid, *El evangelio según san Lucas*, Barcelona, 1968, 101-103.

¹⁴ C. Stuhlmüller, *Evangelio según Lucas*, Comentario Bíblico “San Jerónimo”, III, Madrid, 1972, 319.

¹⁵ H.L. Strack-P. Billerbeck, *Kommentar zum Neuen Testament*, II, München, 1989, 113-114.

¹⁶ G. Leonardi, *L'infanzia di Gesù nei vangeli di Matteo e di Luca*, Padova, 1975, 211. Los fariseos, abusando de la enorme autoridad que tenían sobre el pueblo, “habían hecho creer a la gente que para estar a bien con Dios había que hacer como ellos, introduciendo así en sus conciencias un sentimiento de culpa y de inferioridad que les permitía dominarlos. Pero con toda su observancia de las reglas religiosas eran amigos del dinero, y explotaban a la gente sencilla con pretexto de piedad (Mt 23, 25-28; Mc 12, 40; Lc 11, 39; 16, 14)”; J. Mateos, *Nuevo Testamento*, Madrid, 1987, 15.

(Lc 2, 10), está considerando también de manera directa, pero en un segundo plano, *al pueblo de Israel* como destinatario de la revelación y salvación que ha venido a traer Jesús¹⁷.

En el Evangelio de la Infancia (Lc 1-2) encontramos otro pasaje de carácter profético que aclara lo que acabamos de afirmar. Los padres de Jesús llevaron el niño al templo.

“Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

*- Ahora, mi Dueño, según tu promesa,
Puedes dejar a tu siervo irse en paz,
Porque mis ojos han visto a tu salvador
Que has puesto a disposición de todos los pueblos:
Luz que es revelación para las naciones,
Y gloria para tu pueblo, Israel (Lc 2, 29-32).*

Este pequeño himno es el pasaje con mayor alcance universalista de todo el evangelio de Lucas. Con el *ahora*, subraya Lucas el comienzo de la *novedad mesiánica*. “Según tu promesa”, relaciona al niño que tiene en sus brazos con el cumplimiento de la promesa de Dios. El anciano profeta, guiado por el Espíritu Santo, descubre en este niño al *salvador de todos los pueblos*¹⁸. El estrecho horizonte judío se ensancha. Esta profecía se abre a la problemática universalista de Hechos de los Apóstoles: “*Recibiréis el Espíritu Santo (...) para ser mis testigos en Jerusalén(...) y hasta los confines de la tierra*” (Hch 1, 8).

La experiencia de las comunidades cristianas primitivas, recogida en el libro de Hechos, ha sido dura y polémica, porque los judíos han ido rechazando la salvación de Jesús. Por eso la apertura a los gentiles tiene carácter *dialéctico*, es decir, de confrontación, porque históricamente es fruto del rechazo de los judíos. Pablo y Bernabé, de hecho, se dirigieron en primer lugar a los judíos, pero, al ser rechazados por éstos, empezaron a anunciar *el mensaje de la salvación de Dios a los paganos*:

- “Era menester anunciaros primero a vosotros el mensaje de Dios; pero como lo rechazáis y no os consideráis dignos de la vida definitiva, mirad, vamos a dirigirnos a los paganos” (Hch 13, 46).

Esta dialéctica entre judíos y gentiles está presente en todo el libro de Hechos, por eso Pablo, que amaba profundamente a su pueblo, y al que este rechazo le quemaba las entrañas, exclama al final del libro:

“Por tanto, enteraos bien de que esta salvación de Dios se ha destinado a los paganos” (Hch 28, 28).

¹⁷ M. Coleridge, *Nueva Lectura de la Infancia de Jesús*, Córdoba, Ed. El Almendro, 2000, 146, nota 29, afirma, en contra de la opinión de varios autores –entre los que se encuentran K. Renstorf, y H.H. Oliver– que el “*panti tô laô*” –“a todo el pueblo”– de 2, 10, no es verosímil que se refiera a los gentiles. Cuando “aparece el singular “*laôs*” en la narrativa lucana, se refiere a Israel, especialmente si se trata de la expresión “*pàs hó laôs*” (Lc 3, 21; 7, 29; 8, 47; 18, 43; 19, 48; 21, 38; 24, 19)”.

¹⁸ El término griego no es aquí “*sôtêr*” –salvador–, sino “*sôtêrion*” –salvación–; estamos ante el típico uso del abstracto por el concreto, ya que este título está relacionado con las metáforas de *luz* y *gloria*, aplicadas en el v. 32 a Jesús. La conexión con el título de *salvador (sôtêr)* de Lc 2, 11 es manifiesto.

Lucas, que era pagano, y que además había vivido de manera intensa y dramática esta situación, presenta a Jesús en primer lugar como *salvador de los paganos*; a continuación, también de Israel: *luz para las naciones y gloria para Israel*¹⁹.

Como conclusión de esta sección podríamos afirmar que Lucas, desde el comienzo de su evangelio, tiene el deseo y la preocupación de anticipar el hecho histórico que luego desarrollará en el Libro de Hechos: *la salvación de Dios, a través de Jesús, se destinó a los paganos, porque los israelitas la habían rechazado*. En efecto, en Lc 2, 10, anticipa el tema de los paganos a través de los *pastores*; sólo después nombra al pueblo sencillo que representa en primer lugar al pueblo de Israel. Lc en 2, 32, refiriéndose a Jesús, pone en primer lugar la expresión *luz para los paganos*, y a continuación *gloria de tu pueblo Israel*.

6.- El evangelio se identifica con la persona, el mensaje y la actividad de Jesús.

El paralelismo entre Lc 2, 8-12, y Lc 4, 18-21 y contexto salta a la vista. En la escena que estamos comentando, *el evangelio se identifica con Jesús* desde su nacimiento (Lc 2, 10-11). Dios mismo anuncia esta *buena noticia* a los pastores, paradigma de la gente pobre, despreciada y desvalida, pero también primeros y auténticos destinatarios de este mensaje celeste. En la escena de Nazaret (Lc 4, 18-21) *el evangelio se identifica con el mensaje y la actividad liberadora de Jesús*. Él mismo anuncia esta *buena noticia* a los pobres y oprimidos, verdaderos destinatarios de su mensaje y actividad. Es evidente, pues, que el evangelio es y significa *buena noticia*, en primer lugar para estas clases excluidas y marginadas de la sociedad, porque Jesús va a liberarlas de la opresión y de toda clase de injusticia a la que están sometidas, para devolverles sus derechos y su dignidad, y con ellos la alegría de volver a sentirse personas libres. Sin libertad, inherente a todo ser humano, y sin los derechos fundamentales que les pertenecen, se vive en una *situación infrahumana*. Jesús luchó –siempre con medios pacíficos, aunque la palabra profética y libre puede convertirse en dardo afilado- por devolverle a todo ser humano la libertad y la dignidad que le pertenecen. El reino de Dios se construye con *personas libres* porque somos hijos de Dios y hermanos de Jesús, y no esclavos. Por lo demás, Jesús luchó por devolverles la libertad y la dignidad a las personas sometidas o esclavizadas de su entorno. Querer alcanzar o recuperar la libertad perdida es un requisito importante para integrarse conscientemente en el reino de Dios. Al contrario que Jesús, las diversas religiones de la humanidad, incluido el cristianismo cuando funciona como religión, han sometido las conciencias de sus respectivos creyentes en nombre de Dios, impidiendo así que alcanzaran la libertad y la responsabilidad inherentes a toda persona.

El *evangelio* queda así identificado con la *persona, mensaje y actividad de Jesús*. Queda también claro que los primeros destinatarios de esta *buena noticia* son los pobres, los oprimidos, los explotados, en una palabra, los menospreciados por las clases dirigentes y acomodadas de la sociedad, porque estos “*seres abyectos*” no cuentan en absoluto para ella. Para Dios sí cuentan, y son seres privilegiados, porque a través de Jesús les ha llegado la liberación tan esperada. Dios lo ha querido así, y así lo ha revelado: directamente –por

¹⁹ Lc 2, 32: “*luz que es revelación para las naciones*”, tiene como trasfondo veterotestamentario a Is 42, 6, y a Is 49, 6; aunque las dos citas contienen la expresión “*luz de las naciones*”, Is 49, 6 tiene la ventaja de estar citado en dos pasajes importantes de Hechos: 1, 8 y 13, 47, que contienen explícitamente el tema de la *salvación (sôtêria)*. Por eso a través de este tema, Lucas se proyecta en Hechos, anticipando en Lc 2, 32 el tema fundamental de su segundo libro: *su apertura dialéctica a los paganos*. Cf. también como trasfondo Is 25, 7; 40, 5: el Mesías-luz librará a los gentiles de las tinieblas, símbolo de todo tipo de opresión.

medio de una *revelación celeste*-, en Lc 2, 10-11; por medio de Jesús en Lc 4, 18-21. Estos dos pasajes no hacen sino anticipar, como programa, y ratificar, como compendio, la actividad liberadora de Jesús durante su misión terrestre.

7.- Los despreciados y excluidos por la clase dirigente.

En la misma línea representada por los pastores, *los despreciados como pecadores públicos entran en el plan de Dios por delante de los jefes religiosos y civiles del pueblo*. Veamos dos pasajes complementarios del evangelio de Mateo que hablan por sí solos. El primero es Mt 21, 23-27:

23 Llegó (Jesús) al templo, y mientras enseñaba, los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo se le acercaron preguntándole:

- “¿Con qué autoridad actúas así?, ¿quién te ha dado esa autoridad?”

24 Jesús les replicó:

- Os voy a hacer también yo una pregunta. Si me respondéis, os diré yo con qué autoridad actúo así. 25 El bautismo de Juan, ¿qué era: cosa de Dios o cosa humana?

Ellos razonaban para sus adentros:

- Si decimos “de Dios”, nos dirá que entonces por qué no lo creímos. 26 Y si decimos “humana”, nos da miedo de la multitud, porque todos piensan que Juan era un profeta. 27 Y respondieron a Jesús:

- No sabemos.

Entonces les declaró él:

- Pues tampoco os digo yo con qué autoridad actúo así.

Así pues, los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo -la aristocracia sacerdotal y la seglar- le piden a Jesús *sus credenciales jurídicas* por enseñar en el templo. Jesús, a su vez, les pregunta por *las credenciales del bautismo de Juan*, y los deja en un callejón sin salida, porque esta clase dirigente tampoco creyó que Juan viniera como profeta de parte de Dios²⁰. Su mala fe queda reflejada en su razonamiento interno.

A los mismos interlocutores –sumos sacerdotes y senadores-, Jesús, a continuación, les propone *la breve parábola de los dos hijos*: uno cumple de hecho el deseo del padre, aunque de entrada le da *un no rotundo* – “no quiero”; el otro, responde con muy buenas palabras – “por supuesto, Señor”-, pero no cumple la voluntad del padre (Mt 21, 28-31a). Llegado este

²⁰ Lc 20, 1 y Mc 11, 27 incluyen a *los letrados* entre los que acosan a Jesús preguntándole capciosamente sobre su autoridad. Lucas además distingue netamente entre el pueblo, que recibía *la buena noticia*, y la clase dirigente en pleno, intentando cogerlo en algo para echarle mano: “Uno de aquellos días, mientras enseñaba al pueblo anunciándoles la buena noticia –Lucas usa el verbo “didaskô” y “euaggelizomai”-, se presentaron los sumos sacerdotes y los letrados con los senadores” (Lc 20, 1). Jesús anuncia, pues, *el evangelio del Reino*, cf. Lc 4, 43.

momento, Jesús los desenmascara, haciéndoles ver que ellos pertenecen a este segundo grupo y que, bajo la apariencia de fidelidad, esconden una profunda infidelidad a Dios:

31b “Jesús les dijo:

- *Os aseguro que los recaudadores y las prostitutas os llevan la delantera para entrar en el reino de Dios. 32 Porque Juan os enseñó el camino para ser justos y no lo creísteis; en cambio los recaudadores y las prostitutas lo creyeron. Pero vosotros, ni aún después de ver aquello habéis sentido remordimiento ni habéis creído*” (Mt 21, 31b-32).

Estas palabras de Jesús son de una dureza impresionante e inusitada. En primer lugar, desacredita a los dirigentes del pueblo, echándoles en cara que no creyeron a Juan, y que no emprendieron el camino de justicia que él enseñaba. Pero esta requisitoria de Jesús los compara y los pone por debajo de dos categorías despreciadas por ellos mismos, y excluidas por su sistema religioso y social: *los recaudadores y las prostitutas*, que sí creyeron a Juan, (v. 32)²¹.

Por otra parte, Juan Bautista fue el precursor del Jesús²², pero sólo éste aparece en los evangelios sinópticos como *el profeta del reino de Dios*. Por eso Jesús no se queda en el horizonte de Juan –arrepentimiento por los abusos cometidos, y práctica de la justicia-, sino que también fustiga a los dirigentes por la falta de fe en él, enviado por Dios para proclamar su reinado:

- “*Os aseguro que los recaudadores y las prostitutas os llevan la delantera para entrar en el reino de Dios*” (Mt 21, 31).

Por lo demás, la parábola de los dos hijos tiene también esta perspectiva en relación con Jesús:

“*No basta decirme: ‘¡Señor, Señor!’; para entrar en el reino de Dios. No, hay que poner por obra el designio de mi Padre del cielo*” (Mt 7, 21).

Así pues, Jesús censura con dureza a los *jefes religiosos y civiles del pueblo*, poniéndolos por debajo de dos categorías menospreciadas y excluidas por ellos mismos: *los recaudadores y las prostitutas*. El evangelio es desconcertante, y quizá por eso no acabamos de tomarlo en serio. Jesús desprestigia a la clase dirigente de su tiempo, *desenmascarándola y denunciándola como clase*, ya que el respeto a los dirigentes del pueblo y a las instituciones que ellos encarnaban y representaban *constituía un obstáculo real para aceptar el mensaje de Jesús*.

Por otra parte, sabemos por el evangelio que *los recaudadores, las prostitutas y los descreídos* van aceptando a Jesús y sintonizan con él. Jesús, a su vez, muestra predilección por *lo perdido, lo despreciado, lo desechado*²³. Terminada la enseñanza de Jesús sobre las condiciones para llegar a ser su discípulo, Lucas pone, una vez más, en contraposición a *los recaudadores y descreídos*, por una parte, y a *los fariseos y letrados*, por otra. El evangelista afirma que “*los recaudadores y los descreídos se iban acercando a Jesús para escucharlo*” (Lc 15, 1). Esto significa que los excluidos por la sociedad, es decir, los que estaban al margen de la Ley, pasaban de ella y no la observaban, sin embargo sintonizaban con Jesús y prestaban atención a su mensaje, lo que supone una cierta adhesión a su persona.

²¹ Cf. P. E. Bonnard, *La sagesse en personne annoncée et venue: Jésus Christ*, Paris, 1956, 313-314.

²² Mt 3, 1-12 ; Mc 1, 2-8 ; Lc 3, 1-18 ; Jn 1, 19-28.

²³ C. Escudero Freire, *Jesús y el poder religioso*, Madrid, Ed. Nueva Utopía, 2003, 175-196.

A continuación, Lucas vuelve a poner en escena a los fariseos y letrados que criticaban a Jesús diciendo: “*Éste acoge a los descreídos y come con ellos*” (Lc 15, 2)²⁴. Esto quiere decir que Jesús se siente a gusto con los pecadores, ya representen a los gentiles –*los recaudadores*–, ya a los que viven al margen de la Ley –*los descreídos*–. También se refiere a los pecadores que llevaban en sus frentes el estigma de ser tales, –*las prostitutas*–, que eran consideradas pecadoras públicas. Así pues, Jesús, a estas personas, despreciadas por la clase dirigente y excluidas por la sociedad, les demuestra simpatía y amistad. La cercanía y el cariño con que los trata Jesús es, con toda seguridad, la causa de su enmienda y el comienzo de una vida nueva.

8.- Jesús cambia el orden establecido.

El hecho de sentarse a la mesa para compartir los alimentos indicaba amistad o, cuando menos, acogida. Para los entendidos en la Ley y sus fieles observantes –*letrados y fariseos* respectivamente–, era inconcebible que Jesús pudiera comer con gente “*de esa calaña*”, perdida y despreciable (Lc 5, 30; 7, 34). Pero Jesús lo hace, y rompe las reglas de juego de los dirigentes y de la misma sociedad judía, echando así por tierra la barrera de la discriminación y marginación religiosa. De esta manera contraviene costumbres y prácticas intocables desde el punto de vista religioso, tradicional y social, tanto para el pueblo en general, como, sobre todo, para sus dirigentes. Por eso éstos consideran la conducta de Jesús intolerable, desafiante, y claramente opuesta a las leyes de Dios²⁵.

Rafael Aguirre ha estudiado el tema de las comidas –en ocasiones son banquetes– en el evangelio de Lucas, y, refiriéndose a las que Jesús hacía con *pecadores y recaudadores*, afirma que la participación de Jesús en la mesa con esa gente excluida por sistema social de Israel, “está cuestionando el sistema de pureza en que se basa la coherencia interna del pueblo”, para añadir a renglón seguido: “Jesús responde a las críticas reivindicando una nueva y desconcertante experiencia de Dios. En nombre de Dios no legitima el orden social establecido (...), sino que impulsa su trastrueque profundo, que permitirá la integración de los excluidos y marginados del sistema”²⁶.

Jesús, pues, con su conducta acepta el reto de subvertir el orden social establecido, y *lo hace en nombre de Dios, su Padre*. De hecho, les responde con tres parábolas en las que expresa sin ambages que Dios ama y acoge a los pecadores y descreídos, es decir, a aquellos que para los letrados, fariseos y para los jefes del pueblo eran gente pecadora e indeseable, el desecho de la sociedad. Dios, cambiando las reglas de juego, deslegitima el orden social establecido. Es Jesús quien toma la iniciativa en nombre de Dios, y Dios avala la enseñanza y la conducta de Jesús en favor de la gente excluida.

En la parábola de la *oveja perdida* (Lc 15, 3-7), Jesús destaca *la búsqueda* de la oveja perdida por parte de Dios, y *la alegría* de haberla encontrado. A través de la parábola de la

²⁴ En esta frase los verbos *acoge* –“*prosdechetai*”–, y *come* –“*synesthiei*”– están en presente habitual, indicando que ésta es la conducta normal de Jesús, y, aunque en esta escena no se hable de sentarse a comer con ellos, Jesús lo había hecho en otras ocasiones como algo natural, cf. Lc 5, 29-32; 7, 36, y lo va a seguir haciendo. Por iniciativa propia, se hospeda en casa de un jefe de recaudadores: “*Zaqueo, baja en seguida, que hoy tengo que alojarme en tu casa*” (Lc 19, 5b).

²⁵ J. Schmid, *El Evangelio según San Lucas*, Herder, Barcelona, 1968, 360, a propósito de la doctrina de los rabinos en esta materia, escribe: “El principio de los rabinos fariseos era, en cambio: ‘Nadie se reúne con un impío, ni siquiera para conducirlo al estudio de la ley’. Según su doctrina, ‘el pecador en cuanto tal no es nunca objeto del amor divino, sino sólo después de su conversión’”.

²⁶ R. Aguirre, *La mesa compartida. Estudios del NT desde las ciencias sociales*, Santander, Ed. Sal Terrea, 1994, 59.

moneda perdida (Lc 15, 8-10), se insiste en el mismo tema, pero en esta parábola hay que destacar que es *juna mujer!* la que representa a Dios –ella es la que busca la moneda perdida-. Por último, la figura de Dios-Padre y su impaciencia por recuperar al hijo perdido quedan plasmadas con una belleza y una profundidad asombrosas en la parábola del *Hijo pródigo* (Lc 15, 11-32)²⁷.

Sólo voy a destacar algunas pinceladas maestras de esta parábola. El Padre constituye su verdadero centro. No sale a buscar al hijo perdido, porque *respeto su libertad*, pero su impaciencia, esperando uno y otro día su regreso, es manifiesta. El hijo pródigo, representa a los gentiles, y reconoce a Dios como Padre. Por el contrario, el hijo mayor es el único que desentona en el ambiente festivo organizado por el Padre –un gran banquete con música y danza-: “*se indignó y se negó a entrar*” (v. 28). Se trata del *hijo primogénito, figura de Israel*, anclado en el pasado. Es también *símbolo de los letrados*: se indigna porque no puede admitir que su hermano, degradado y perdido –*pecador y pagano*-vuelva a ser *su hermano*. Se niega a entrar en la casa, porque, según la doctrina de los letrados, *los pecadores y los paganos* contaminan con su trato y su presencia. Este hijo mayor es además *figura de los fariseos*. En efecto, se vanagloria “*de no haber desobedecido nunca una orden de su padre*” (v. 29). El hijo mayor rechaza de manera tajante a su hermano, y no lo reconoce como tal, y por eso le dice a su padre: “*ese hijo tuyo*” (v. 30). Pero lo más grave para él es que nunca se ha sentido *hijo*, sino *siervo* con su propio padre: “*en tantos años como te sirvo*” (v. 29).

Así pues, Jesús a través de estas parábolas nos desvela con claridad el plan de Dios hacia los pecadores, descreídos y, en general, hacia los excluidos por el sistema religioso-social de Israel. A ellos se dirige en primer lugar la *buena noticia del reinado de Dios*. Jesús acepta este plan de Dios y lo lleva a término. Su mensaje y actividad en relación con esta *gente menospreciada* se pueden considerar *revolucionarios*. Cambia los “valores fundamentales” de la sociedad de su tiempo. Hay teólogos que consideran a Jesús una *persona subversiva*, y no les falta razón, pues además del tema de la mesa compartida, los evangelios defienden otros valores de capital importancia que trastocan el orden socio-religioso establecido: *lo sagrado y lo profano, el hombre y las instituciones ancestrales de Israel*, y, sobre todo, la oposición radical entre *la Ley y el Espíritu*: mientras *la Ley* sigue siendo el foco fundamental para Israel, se hace presente en la historia humana el *Espíritu de Dios como la nueva realidad, destinada a todos los pueblos y razas*: con el *Espíritu* se inaugura la irrupción de Jesús en nuestra historia para llevar a cabo la misión que el Padre le había encomendado, por una parte, así como el comienzo de *los nuevos tiempos* –la época definitiva de salvación- *para toda la humanidad*, por otra.

Además son precisamente los fariseos, observantes escrupulosos de la Ley, y los letrados, expertos y máximos conocedores de la misma, junto con los sumos sacerdotes y senadores, los que frustran y rechazan el plan de Dios, en contraposición con la gente descreída y despreciada por esos mismos dirigentes, que sí lo aceptan. Por su parte, el pueblo fanático, sometido incondicionalmente a la doctrina oficial, así como a las prácticas religiosas y costumbres tradicionales, y narcotizado por el respeto y admiración por esa clase dirigente y por las instituciones que representan, tampoco acepta el mensaje de Jesús.

²⁷ Dada su importancia, trato esta parábola con mimo y profundidad en, *Jesús y el poder religioso*, Madrid, Ed. Nueva Utopía, 2003, 149-164.

9.- El pueblo sencillo.

Por su gran semejanza con Lc 2, 10-11, en el aspecto de la revelación de Dios a la gente sencilla, parece éste el lugar adecuado para comentar otro texto de Lucas, que indica a las claras que la *gente sencilla* es la receptora normal de la revelación de Dios. El pasaje dice así:

“En aquel preciso momento, (Jesús) exultante con el gozo del Espíritu Santo, exclamó:

-¡Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque si has ocultado estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla! Sí, Padre, bendito seas, por haberte parecido eso bien” (Lc 10, 21).

Jesús bendice a su Padre porque ha querido revelar a *la gente sencilla*, en contraposición a los *sabios y entendidos*, algunos aspectos importantes de su misterio, sobre todo los aspectos relacionados con *su reinado y su condición de Padre*. Esta opción de Dios por la gente sencilla es manifiesta y, por supuesto, totalmente gratuita²⁸.

En primer lugar conviene subrayar que, aunque el evangelista utiliza el término griego “*nêpioi*”, que suele significar niño, aquí, por la oposición a *los sabios y entendidos*, tiene el significado de *gente sencilla*, los que pasan desapercibidos, los que no cuentan a los ojos del mundo. La fuerza de esta sentencia está en su carácter paradójico. Además, hay que destacar que esta revelación con que nos obsequia Jesús manifiesta de forma explícita cuál es el verdadero motivo de esta actitud del Padre hacia la gente sencilla. No se trata de que sea gente más humilde o gane con su manera de ser la benevolencia divina. El privilegio de la gente sencilla hay que buscarlo directamente en *la manera de ser de Dios*, en la compasión y misericordia que brotan incesantemente de él, porque es Padre.

Por la revelación sabemos que Dios tiene predilección por todo lo que es pobre, simple, pequeño e insignificante, precisamente lo que no tiene valor para los sabios y poderosos de este mundo. Constatamos su cercanía hacia los desheredados, hacia los *malditos* por no practicar la Ley, hacia todo lo despreciado por los sabios y entendidos del judaísmo en tiempos de Jesús. Tal es el sentido del término griego “*eudokia*” – *complacencia, beneplácito* –, empleado en esta sentencia por Mateo y Lucas²⁹.

En segundo lugar, para los contemporáneos de Jesús, cuya religiosidad se basaba en el conocimiento y observancia de la Ley, todos los privilegios religiosos eran para los sabios, doctos y entendidos. Para *ser alguien* en ese ambiente había que pertenecer al círculo de los intelectuales. Como de costumbre, Jesús cambia radicalmente el orden establecido, al manifestar que *el Padre da a conocer los secretos de su reino a la gente sencilla*, porque el pueblo llano se abre con mayor facilidad a la revelación del Padre, y tiene más capacidad para, entenderla, aceptarla y llevarla a la práctica.

²⁸ Sobre la actitud de la *gente sencilla* para abrirse a la revelación del Padre, frente a la cerrazón de los sabios y entendidos, cf. J. Dupont, *Les Béatitudes*, II, Paris, 1969, 181-218; C. Escudero Freire, *Jesús y el poder religioso*, Madrid, Ed. Nueva Utopía, 2003, 136-148; L. Cerfaux, *L'Évangile de Jean et le “logion johannique” des Synoptiques*, en F.M. Braun, *L'Évangile de Jean. Études et problèmes* (RechBib 3), Bruges, 1958, 144-159; J. Jeremias, *Teología del Nuevo Testamento*, I, Salamanca, 1974, 77-80; A. Feuillet, *Jésus et la sagesse divine d'après les Évangiles synoptiques*, RB 62 (1955) 161-196; M. Zerwick, *El júbilo del Señor (Lc 10, 21-24)*, RevBib 20 (1958) 23-28; O. Cullmann, *Cristología del Nuevo Testamento*, Salamanca, 1998, 368s; F. Bovon, *El Evangelio según San Lucas*, (9, 51-14, 35), II, Salamanca, 2002, 94-101; 105-106.

²⁹ Cf. Mt 11, 25; J. Dupont, *o. c.*, 204-215.

Los sabios y entendidos, por el contrario, han hecho del conocimiento y práctica de la Ley su baluarte. Rechazan al pueblo sencillo por ignorante e inobservante de la Ley, y esto, unido a su orgullo y soberbia, los hace impermeables al mensaje de Jesús que no tiene nada que ver con el conocimiento y práctica de la Ley. Una vez más constatamos que el evangelio no viene a reformar, sino a cambiar radicalmente los valores establecidos, siendo una verdadera alternativa a la religiosidad judía de los tiempos de Jesús. *Sigue también siendo una alternativa a la religiosidad de nuestro tiempo.*

Para confirmar a través de la misma revelación lo que acabamos de decir, vamos a considerar algún pasaje significativo al respecto. Con motivo del nacimiento de Jesús, la revelación de Dios a los pastores -los marginados por excelencia y ¡los malditos! por no practicar la Ley -, tiene también al pueblo llano como destinatario:

“Os traigo una buena noticia, una gran alegría, que lo será para todo el pueblo(...)” (Lc 2, 10)³⁰.

Pablo expresa también magistralmente este designio de Dios:

“Y si no, hermanos, fijaos a quiénes os llamó Dios: no a muchos intelectuales, ni a muchos poderosos, ni a muchos de buena familia. Todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios: lo que no existe, para anular a lo que existe, de modo que ningún mortal pueda enorgullecerse ante Dios” (I Cor 1, 26-29).

La carta de Santiago conserva y transmite la misma perspectiva:

“Escuchad, queridos hermanos, ¿no fue Dios quien escogió a los que son pobres a los ojos del mundo para que fueran ricos de fe y herederos del reino que él prometió a los que lo aman? Vosotros, en cambio, habéis afrentado al pobre” (Sant 2, 5-6).

Es decir, la comunidad se ha desviado gravemente al no seguir los criterios de Dios. La comunidad prefiere al rico, al poderoso y menosprecia al pobre, al débil y al indefenso, olvidando que la afrenta a los pobres de la comunidad es, al mismo tiempo, afrenta a Dios y a su mensaje. Por eso constituye una discriminación pecaminosa. Además, la religión en estas condiciones no es más que una farsa. Por el contrario, la práctica de este mensaje es signo de que la religión es auténtica, porque la verdadera religiosidad no consiste en palabras devotas (Mt 7, 21), sino en preocuparse por los desvalidos y no hacerse cómplice de la injusticia del mundo:

“Quien se tenga por religioso porque no escatima palabras, pero engañándose él mismo, la religión de éste está vacía. Religión pura y sin tacha a los ojos de Dios Padre es ésta:

³⁰ En este pasaje se trata del *pueblo sencillo*, que en el evangelio de Lucas sigue a Jesús y está pendiente de sus labios. Como ya hemos visto en parte, el *pueblo llano* está contrapuesto sistemáticamente por el evangelista a las *clases dirigentes* que se niegan a recibir el bautismo de Juan Bautista, y que buscan cómo quitar de en medio a Jesús. Estos son, en definitiva, los causantes de la muerte de Jesús; cf. a este respecto, C. Escudero Freire, *Devolver el Evangelio a los Pobres*, Salamanca, Ed. Sígueme, , 1978, 294-302.

mirar por los huérfanos y las viudas en sus apuros y no dejarse contaminar por el mundo” (Sant 1, 26-27)³¹.

El evangelista Juan confirma, con una ironía mordaz que raya en el sarcasmo, este designio de Dios de hacer transparente su mensaje a la gente sencilla, mientras permanece opaco y prácticamente inaccesible para los grandes de este mundo. Tras una discusión entre la gente sencilla sobre quién era Jesús (Jn 7, 37-44), los guardias del templo, que llevaban el mandato de prender a Jesús, regresaron a sus jefes con las manos vacías:

“Volvieron entonces los guardias adonde estaban los sumos sacerdotes y fariseos, y éstos les preguntaron:

- ¿Se puede saber por qué no lo habéis traído?

Replicaron los guardias:

- Nunca hombre alguno ha hablado así.

Les replicaron los fariseos:

-¿Es que también vosotros os habéis dejado engañar? ¿Acaso alguno de los jefes le ha dado su adhesión o alguno de los fariseos? En cambio esa plebe que no conoce la Ley está maldita” (Jn 7, 45-49).

La parte más irónica es la maldición de la plebe por no conocer la Ley. Mientras la plebe entra a formar parte del reinado de Dios por la adhesión a Jesús, los jefes y los fariseos, aferrados a su Ley, quedan al margen de dicho reinado.

Mateo, por su parte, declara insuficiente la minuciosa observancia de la Ley por los letrados y fariseos para entrar en el reino de Dios:

“Porque os digo que, si vuestra fidelidad no se sitúa muy por encima de la de los letrados y fariseos, no entráis en el reino de Dios (Mt 5, 20).

El legalismo es insuficiente. La puerta para entrar en el reino de Dios es la primera bienaventuranza (Mt 5, 3), que exige una actitud nueva al que quiera ser discípulo de Jesús. Las demás bienaventuranzas van también en esta misma dirección: esa actitud nueva y global del discípulo de Jesús proviene, no de la observancia de la Ley, sino *de la fidelidad a su mensaje.*

Las sentencias evangélicas sobre los niños y los que son como ellos, confirman la predilección de Jesús por la gente sencilla, los débiles de este mundo, los pobres:

“Le llevaban también a los niños de pecho para que los tocara. Al verlo, los discípulos les regañaban. Pero Jesús los invitó a acercarse diciendo:

- Dejad que se me acerquen los chiquillos y no se lo impidáis, porque los que son como ellos tienen a Dios por rey. Os aseguro que quien no acoja el reino de Dios como un chiquillo, no entrará en él” (Lc 18, 15-17)³².

³¹ La expresión ‘huérfanos y viudas’, además de referirse a la gente sencilla en la tradición judía, representan también a los indefensos, desposeídos y oprimidos por los ricos y poderosos: cf. Ex 22, 21-23; Dt 27, 19; Sal 68, 6; Is 1, 17.

La primera sentencia –“*Dejad que se me acerquen los chiquillos y no se lo impidáis, porque los que son como ellos tienen a Dios por rey*” – ofrece un excelente paralelismo con la primera bienaventuranza: “*Dichosos vosotros los pobres, porque tenéis a Dios por rey*” (Lc 6, 20). Los que son como niños son, pues, los pobres, los insignificantes, los indefensos, los sin voz y sin influjo en la sociedad. J. Dupont escribe acertadamente a este respecto:

“Las preferencias de Dios y su solicitud misericordiosa se centran precisamente en los pequeños, a quienes los hombres consideran indignos de atención. El Altísimo se complace en los pequeños, no en razón de lo que piensan o de la humildad (...), sino simplemente porque son lo que son, *los pequeños*. El motivo de esta predilección se encuentra en Dios”³³

Por el contrario, Dios aborrece lo que sobresale. No soporta a los que se consideran superiores, o quieren dominar y someter a los demás. Así se constata en el *Magnificat*. En este cántico María no sólo recoge esta manera de actuar de Dios, perpetuada a lo largo de la historia de Israel, sino que, partiendo de su experiencia personal, proclama que Dios va a seguir actuando así, y va a ser también una característica esencial de los tiempos mesiánicos, inaugurados por la irrupción de Jesús en su seno. En efecto, los versículos 51-53 del *Magnificat* (Lc 1, 46-55) preludian y encierran ya en germen el programa de Jesús y el carácter específico de su actividad liberadora. Es decir, María en el *Magnificat* proclama, no sólo una *actividad constante de Dios* en el Antiguo Testamento, sino, sobre todo, y de manera profética, apunta directamente a la misión de Jesús que tendrá esas mismas características. Al ser un anticipo del programa de Jesús, pone de manifiesto que los destinatarios de su misión liberadora son, ante todo, los pobres, los oprimidos, los marginados. Los arrogantes, por el contrario, no tienen capacidad para recibir, acoger y dar respuesta al mensaje de Jesús. María, refiriéndose a Dios, el Poderoso, exclama:

*“Su brazo interviene con fuerza,
desbarata los planes de los arrogantes,
derriba del trono a los poderosos
y exalta a los insignificantes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide de vacío (Lc 1, 51-53).*

En este pasaje *los poderosos y los ricos* han quedado marcados con la etiqueta de *los arrogantes*, y representan a los rechazados por Dios. En efecto, encabezan estos versículos, y están opuestos a los insignificantes –a los que no cuentan, a la gente sencilla-, y a los hambrientos, que representan a los pobres, y son objeto de la predilección de Dios³⁴.

³² Los pasajes paralelos de Lucas son: Mt 19, 13-15 y Mc 10, 13-16; cf. al respecto, J. Dupont, *Les Béatitudes, II*, Paris, 1969, 151-218. Es de notar que el texto griego utiliza el término “*brefos*” – *niño de pecho* – en el v. 15, y lo cambia por “*paidion*” – que es diminutivo de “*país*” – en los vv. 16 y 17, a los que le viene bien la traducción de *chiquillo*. Estos términos en su conjunto indican *lo más débil e impotente*. Para ver a quiénes representan *los chiquillos*, en relación con el tema del servicio, cf. J. Mateos, *Nuevo Testamento*, Madrid, Cristiandad, 1987, *notas* a estos tres pasajes de los evangelios sinópticos.

³³ J. Dupont, *o. c.*, 160.

³⁴ F. Bovon, *El Evangelio según San Lucas (Lc 1-9)*, I, Salamanca, Ed. Sígueme, 1995, 119, traduce los “*aoristos*” de los vv. 51-53 por *pasado simple*, atribuyendo así esa actividad de Dios a la época del Antiguo Testamento de manera exclusiva. Lo confirma al comentar los vv. 51-53, pp. 133-135, y, sobre todo, p. 138, nota 91. Por el contrario, en *Devolver el Evangelio a los Pobres*, 207-218, defiende el carácter *también mesiánico* de los vv. 51-53 del *Magnificat*. Parece oportuno recordar aquí que los seis *aoristos* que encierran los vv. 51-53 – *el aoristo* es una forma verbal griega que suele traducirse por el

Viene al caso citar otro acertado comentario de J. Dupont a la sentencia de Jesús: “os aseguro que quien no acoja el reino de Dios como un chiquillo, no entrará en él” (Lc 18, 17), ya que este autor ha estudiado detalladamente la historia y los paralelos de esta sentencia de Jesús³⁵:

“Si el Reino pertenece a los pequeños, no es para recompensar su humildad, sino a causa de la predilección que tiene Dios a lo que es pequeño, endeble, menospreciado. Para compartir el privilegio de los pequeños, los adultos tienen que hacerse pequeños, abajarse, tenerse en nada (...), porque esta actitud corresponde a lo que podemos saber de las disposiciones de Dios: ‘Dios se enfrenta a los arrogantes, pero es misericordioso con los indigentes’”³⁶.

Acabamos de examinar uno de los filones más genuinos y significativos del evangelio. Hemos visto también que está en conexión con la predilección y actividad de Jesús en favor de los despreciados y marginados de la sociedad. Por eso deja desconcertados y escandalizados a sus contemporáneos, sobre todo a los jefes del pueblo, cuando va a comer a casa de los recaudadores –considerados pecadores públicos y descreídos-, y por declarar que él había venido “a buscar y salvar lo que estaba perdido”³⁷. También deja sorprendido y escandalizado al fariseo que lo invitó a comer en su casa, por dejarse tocar por una pecadora pública (Lc 7, 36s). Rompe todo protocolo y pasa por encima de la tradición judía, al ponerse a hablar en público con una *mujer pecadora*, que para colmo era *samaritana* (Jn 4, 4s). Protege de una *jauría humana* a una mujer sorprendida en adulterio³⁸. Defiende a los *samaritanos*, a los que los judíos despreciaban por considerarlos paganos y herejes, ante el furor de sus propios discípulos (Lc 9, 51-56). Es más, los pone como modelo del verdadero amor al prójimo, en contraposición a la casta sacerdotal (Lc 10, 30-37). Además, de los diez leprosos curados por Jesús, sólo *el samaritano* vuelve a darle las gracias (Lc 17, 16). Podemos medir el alcance y la valentía de esa actitud de Jesús hacia los samaritanos por el insulto que le hacen los dirigentes judíos:

“¿No tenemos razón en decir que eres un samaritano y que estás loco?” (Jn 8, 48).

Para concluir esta sección, y por las consecuencias positivas que puede tener para el discípulo de Jesús, me parece oportuno completar el texto de Lucas, que acabamos de comentar (Lc 10, 21), con 10, 22, porque forman un todo inseparable. En el versículo 21, nos ha impresionado el gozo profundo que experimenta Jesús, movido por el Espíritu Santo,

pasado simple en español – responden a otros tantos *perfectos hebreos*, cuya traducción y matices son muy variados; el contexto juega siempre un papel fundamental: este texto se refiere a *la manera constante de actuar de Dios* para con su pueblo, que se actualiza en María y queda abierta al futuro como programa esencial de la misión de Jesús. Como dice G. Leonardi: “son *aoristos gnómicos*: expresan lo que Dios hace en todos los tiempos”, en *L’infanzia di Gesù nei vangeli di Matteo e di Luca*, Padova, 1975, 181. Podríamos decir que hay como un trasvase de la actividad de Dios a la de Jesús. Sobre el carácter *gnómico de estos aoristos* y su posible proyección hacia el futuro, cf. M. Zerwick, *Analysis Philologica Novi Testamenti*, Romae, 1960, 131; precisamente aquí analiza el texto de Lc 1, 51.

³⁵J. Dupont, *o. c.*, 161-181.

³⁶J. Dupont, *o. c.*, 171.

³⁷Lc 19, 10 y contexto; ver también Lc 5, 32 y contexto.

³⁸Jn 8, 2-11. J. Mateos, *Nuevo Testamento*, Cristiandad, 1987, 493, advierte que Jn 7, 53-8, 11, que contiene el episodio de la mujer adúltera, no pertenece al Evangelio de Juan, aunque el relato es muy primitivo. Este episodio no se encuentra en los mejores códices del texto, el vocabulario no pertenece a la terminología de Juan, y tampoco es comentado por los Padres griegos. Un documento lo atribuye a Lucas. Por eso J. Mateos lo pone al final del evangelio de Juan, como apéndice.

y cómo bendice espontáneamente al Padre, porque ha tenido a bien revelarle *a la gente sencilla* los secretos de su reino. En el versículo 22, Jesús nos manifiesta uno de los principales secretos del reinado de Dios:

“Mi Padre me lo ha entregado todo; quién es el Hijo, lo sabe sólo el Padre; quién es el Padre, lo sabe sólo el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (Lc 10, 22).

Este pasaje trata, pues, de manera directa sobre el conocimiento único y recíproco del Padre y del Hijo. Por tanto, podríamos afirmar que el conocimiento exclusivo que Jesús, el Hijo, tiene de su Padre, además de entrañar una relación especial y misteriosa con Él, hace posible que Jesús nos revele algunos de esos secretos insondables que pertenecen a Dios y a su manera de ser y de actuar, como la predilección por los pobres y por la gente sencilla. Por otra parte, Jesús que ha vivido una experiencia única, de una hondura insospechada con su Padre, tiene, por eso mismo, la capacidad de hacernos comprender y experimentar que Dios es también *nuestro Padre*. Si esta convicción arraigara de manera profunda en los discípulos de Jesús, podría cambiar su manera de pensar, sus convicciones más profundas, y consecuentemente su manera de actuar en relación con los excluidos de nuestra sociedad.

10.- Los títulos atribuidos por Dios a Jesús en su nacimiento (Lc 2, 11).

La revelación celeste atribuye a Jesús una prerrogativas que llaman poderosamente la atención. Dos de estos atributos son propios de Yahvé: *Salvador* y *Señor*. El otro título, *Mesías*, es propio de Jesús y de su misión terrestre. Por otra parte, la señal dada por Dios es desconcertante: *“un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”* (2, 12). Pero esta señal resulta tanto más desconcertante y paradójica, si la comparamos con los títulos atribuidos al recién nacido.

10.1. El título de *salvador*.

El título de *salvador* lo emplea sólo Lucas entre los evangelistas sinópticos³⁹. El tercer evangelista estaba impregnado de la cultura greco-romana, por lo que es probable que conociera la célebre *Inscripción de Priene*, referida a César Augusto, en la que se descubre un paralelismo innegable con la narración del nacimiento de Jesús en su evangelio. Pero, como veremos a continuación, no sólo hay que señalar el paralelismo, sino un marcado contraste entre las dos narraciones, que nos hará descubrir la verdadera intención de Lucas al aplicarle el título de *salvador* a Jesús.

La *Inscripción de Priene*, que describe el día del nacimiento del emperador Augusto, dice así:

³⁹ Lucas emplea el término griego “*sôtêr*”. Este título era aplicado en el mundo helenista, tanto a las divinidades que ejercían su influjo salvador hacia el hombre (Zeus, Asclepio, Serapis), como a emperadores romanos y soberanos orientales, divinizados por sus pueblos y culturas. Su nacimiento o el comienzo de su reinado era designado como *una buena noticia*. El título de *Salvador* se encuentra también en Hch 5, 31 y 13, 23; Jn lo emplea en 4, 42.

Este día del nacimiento del emperador ha dado un nuevo aspecto a todo el mundo. Éste habría llegado a su fin, si en el niño nacido hoy no hubiera brillado una grande felicidad para todos los pueblos (...). La providencia, que gobierna toda la vida, ha llenado a este hombre de dones apropiados para la salvación de los hombres, habiéndolo mandado a nosotros y a las generaciones futuras como salvador. Él pondrá fin a todas las guerras (...). Él no sólo ha aventajado a los mayores benefactores de la humanidad, sino que es imposible que venga uno mayor que él. El día del nacimiento de Dios fue para el mundo el comienzo del evangelio, que ha sido anunciado por su amor⁴⁰.

A simple vista, la *Inscripción de Priene* manifiesta una semejanza asombrosa con el texto de Lucas, que probablemente ha conocido este texto y lo ha tenido en cuenta para que sus comunidades, en gran medida de origen pagano, pudieran entender mejor *la grandeza y la novedad* de Jesús. Pero también es necesario señalar las diferencias notorias que existen entre esta *Inscripción* y la narración de Lucas.

El tercer evangelista recurre al estilo de *los anuncios imperiales* en la narración del nacimiento de Jesús, para que sus destinatarios paganos comprendan que Jesús es el único *salvador y señor*. Sabemos que Mateo y Marcos no aplican a Jesús el título de *salvador*, quizás para no sembrar confusión entre los miembros de sus comunidades. Lucas, más osado, recurre al contraste y a la contraposición que él mismo establece con estos textos imperiales, para que quede claro que no hay más *salvador y señor* que Jesús.

El primer dato que se observa es que Lucas nombra exclusivamente a *César Augusto*, prototipo de emperador divinizado, en el marco de la cronología del nacimiento de Jesús (Lc 2, 1). Hay además un contraste significativo: en Lc 2, 1-5 queda patente la autoridad del César y cómo sus planes se llevan a cabo; a partir del v. 6., por el contrario, desaparece de la escena la figura del César, y la narración se centra, *a través de la revelación celeste*, en los planes de Dios sobre el recién nacido. Hay otra contraposición muy importante: los títulos de *salvador y señor*, atribuidos a Augusto por decreto imperial –*Inscripción de Priene*–, corresponden a Jesús, no por decreto, sino por *revelación directa de Dios*: se trata, como hemos visto, de una revelación celeste (Lc 2, 9-11). Por otra parte, el tiempo de paz, asociado al nacimiento de César Augusto, para Lucas es el tiempo de la benevolencia divina para con el género humano, a causa del nacimiento de Jesús:

“¡Gloria a Dios en lo alto, y paz en la tierra a los hombres de su agrado” (Lc 2, 14).

⁴⁰ Citado por G. Leonardi, *Infanzia di Gesù nei vangeli di Matteo e di Luca*, Padova, 1975, 213, nota 33; L. Légrand, *L'évangile aux bergers. Essai sur le genre littéraire de Luc 2, 8-20*, RB 75 (1978) 161-178, opina que se percibe el paralelismo religioso cultural entre los 'evangelios imperiales' y el verdadero evangelio, el que anuncia el nacimiento del Salvador, el Mesías, el Señor (Lc 2,11) pp. 163-164. En otro pasaje afirma: “Sea que Lucas haya visto la *Inscripción de Priene* (...) y la haya plagiado conscientemente, sea, más probablemente, que tenga en cuenta el estilo oral de la proclamación que los heraldos hacían de los nacimientos imperiales, él se ha inspirado en los anuncios de nacimiento real”, Ibid., 164; de la misma opinión son L. Cerfaux y J. Tondriau cuando escriben: “Lucas ha adecuado su estilo al tono de las inscripciones imperiales”, *Le culte des souverains dans la civilisation greco-romaine*, Paris-Tournai, 1957, 450. Por su parte, M. Coleridge, *Nueva lectura de la Infancia de Jesús*, Córdoba, Ed. El Almendro, 2000, 147, escribe: “El título ‘salvador’ (‘sôtêr’) combina elementos tanto sacrales como seculares (...) el título de ‘salvador’ resume además, en otro sentido, el contraste entre la autoridad del César y la autoridad de Dios, pues se trata de un título que se atribuía a los gobernantes en el mundo helenístico y que se aplicó específicamente a César Augusto, fundamentalmente en su condición de artífice de la *pax augusta*”

Se trata de *la paz mesiánica* que llegará a los hombres que se abran a la acción de Dios a través de Jesús.

Por lo demás, el título de *salvador* corresponde *al nombre de Jesús*, dado por el ángel en la Anunciación (Lc 1, 31). Este nombre indica desde el comienzo su misión salvadora⁴¹, que, en Lc 4, 18-19, se refiere a la liberación del ser humano oprimido y marginado, ya que el reinado de Dios pertenece a nuestra historia y se va realizando a lo largo de ella. Eso sí, tendrá su culminación con nuestra propia resurrección.

Lucas, que era pagano, y escribe para los gentiles, está anticipando el tema de *la salvación destinada a todas las naciones*, propio del libro de Hechos de los Apóstoles⁴². La venida masiva del Espíritu Santo en el primer Pentecostés es interpretada por Pedro a la luz del profeta Joel (Hch 2, 16-21, y contexto): el Espíritu aparece como patrimonio de todos los seres humanos. Los prodigios cósmicos son una imagen profética que describen y anuncian el cambio de época. De nuevo, es Jesús resucitado quien inaugura esta etapa definitiva de salvación. Por eso al final de la cita de Joel, el nombre del *Señor*, referido a Yahvé, *se transfiere a Jesús, en conexión con el tema de la salvación*:

“Cuantos invoquen el nombre del Señor se salvarán” (Hch 2, 21).

Hechos de los Apóstoles se cierra con esta misma perspectiva. Pablo realiza el último intento para ganarse a los judíos, pero no consigue nada de ellos. Por eso, impotente en su empeño, exclama:

“Enteraos bien de que esta salvación de Dios se ha destinado a los paganos; ellos sí escucharán” (Hch 28, 28)⁴³.

Así pues, *la revelación celeste* atribuye a Jesús el título de *salvador*. El trasfondo de los *anuncios imperiales*, y la comparación implícita entre César Augusto y Jesús le confieren a este título y a la actividad que representa *carácter universal*. Jesús desde su nacimiento aparece como *salvador*, también de los paganos. Es, pues, un título polémico que concede a Jesús carácter de *novedad total* en relación con el Antiguo Testamento, en que la salvación procedía sólo de Dios, y era, exceptuando atisbos de universalidad, exclusivamente para los judíos. Lucas anticipa así *el universalismo*, que encontraremos en pasajes relevantes de su evangelio, y en la apertura y aceptación del mensaje de Jesús por los gentiles en Hechos de los Apóstoles. Como hemos visto, la función de *los pastores* en la narración del nacimiento de Jesús, destaca también *el carácter universal y de novedad total* que le pertenece a Jesús desde el principio.

⁴¹ Que en el nombre de *Jesús* está ya indicada su misión es evidente si recurrimos a la etimología hebrea *Yeshua* (*Jesús*), que es la abreviación de *Yehoshua* y significa “Yahvé es salvación”.

⁴² El hecho de que César Augusto haya dado un decreto para que se hiciera “un censo en el mundo entero” (2, 1), ensancha la perspectiva del mundo judío, y constituye el marco adecuado para dar una perspectiva universalista a la *salvación* que trae Jesús. M. Coleridge, *o.c.*, 138, escribe: “Mientras en Lc 1, 5-7 se trataba del mundo de la política y la religión judías, ahora es el mundo más amplio y más secular del Imperio Romano. Podríamos decir que es la manera que tiene el narrador de aludir al alcance mucho mayor que posee la figura de Jesús”.

⁴³ Este pasaje es una dura requisitoria, y el punto culminante de su dura polémica contra los judíos. Aunque éstos eran los primeros destinatarios de la salvación, como herederos de las promesas (Hch 3, 25-26; 13, 46), no obstante la rechazaron una y otra vez (Hch 13, 46-47; 18, 6; 28, 24-28).

10.2. Jesús, *el Mesías*

Otro título de Jesús en Lc 2, 11 es el de *Mesías*⁴⁴. Lucas ya había indicado el ámbito de dicho título en la escena de la Anunciación, a través de la profecía de Natán, que alude explícitamente a David, como antepasado de Jesús: “*Éste – Jesús- será grande, lo llamarán Hijo del Altísimo, y el Señor, Dios le dará el trono de David su antepasado(...)*” (Lc 1, 32-33). En la narración del nacimiento, el tercer evangelista hace alusión a Belén como ciudad de David (Lc 2, 4). Es más, en el v. 11, que estamos comentando, están asociados el término *Mesías* y la expresión *en la ciudad de David*.

Es evidente que el título de *Mesías* es particularista, ya que está relacionado con el pueblo de Israel, pero, como sabemos por otros pasajes del evangelio, este título, aplicado a Jesús, no responde a las expectativas de sus dirigentes y de la mayoría del pueblo, que esperaban una manifestación espectacular del *Mesías, con carácter guerreo, en el templo*; un *Mesías* con poder político-religioso, capacitado para derrotar y expulsar a los romanos, y devolverle a Israel el poder y esplendor de antaño, teniendo como punto de mira el reinado de David, paradigma de la grandeza de Israel. Esta perspectiva mesiánica, tanto de la clase dirigente como de gran parte del pueblo, constituyó la *tentación mesiánica de Jesús* durante toda su vida pública (Lc 4, 1-13).

10.3. Jesús, *el Señor*.

El último título que encontramos en Lc 2, 11, y que ayuda a comprender la personalidad de Jesús, es el de *Señor* –en griego “*Kyrios*”-. Este título es propio de Jesús resucitado, por eso lo encontramos profusamente en el libro de Hechos de los Apóstoles, pero Lucas también lo atribuye a Jesús durante su vida pública, y hace ver que Jesús ya era *Señor* – título trascendente- desde su nacimiento. Los títulos de *Señor* y *Mesías*, asociados en este versículo, también aparecen juntos en Hch 2, 36:

“Entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías a ese Jesús a quien vosotros crucificasteis”.

El título *Señor* pertenece, pues, a Jesús resucitado, y las primeras comunidades cristianas reconocen e invocan a Jesús como *Señor*. No obstante Lucas lo adelanta en su evangelio, aplicándolo a Jesús en numerosos pasajes⁴⁵.

Es importante constatar que el término *Señor* en el evangelio de la infancia (Lc 1-2) se aplica a Yahvé y a Jesús. Esto tiene gran importancia, porque en el Antiguo Testamento “*Kyrios*”, más que un título, era el nombre mismo de Yahvé. Todo esto no es casual. Como acabamos de ver, Lucas en Hch 2, 21 transfiere a Jesús el nombre mismo de Yahvé – “*kyrios*”-, en una especie de síntesis teológica. Con este procedimiento Lucas quiere decir

⁴⁴ Al título de *Mesías*, de origen hebreo, corresponde el término griego “*Cristos*”, del que viene la palabra *Cristo* en español. *Cristo* es, pues, su título mesiánico; su verdadero nombre es *Jesús*. En la Anunciación el ángel le dijo a María: “*Mira, vas a concebir en tu seno y a dar a luz un hijo, y le pondrás de nombre Jesús*” (Lc 1, 31). Por eso, a no ser que queramos destacar su carácter mesiánico con el título *Cristo*, en los demás casos, parece mejor designarlo con su propio nombre, el de *Jesús*.

⁴⁵ Así por ejemplo en Lc 22, 61: “*El Señor* (sólo Lucas), *volviéndose, fijó la mirada en Pedro, y Pedro se acordó de lo que el Señor* (Mt y Mc usan *Jesús*) *le había dicho: “Antes que cante hoy el gallo, me negarás tres veces”*; cf. también Lc 5, 8.12; 7, 6.13; 7, 19 (Mt 11, 2, correspondiente a Lc 7, 19, no usa el título *Kyrios*, sino el de *Mesías*); Lc 9, 54.61; 10, 1; 11, 1.39; 13, 15. Algunos de estos pasajes son exclusivos de Lucas.

que las prerrogativas propias de Yahvé a partir de ahora pertenecen a Jesús. Esta síntesis se realiza también en el discurso de Pedro con motivo de Pentecostés. Es el momento del cumplimiento de la profecía de Joel (Hch 2, 16-21): un *Espíritu nuevo* y un *nuevo Señor, Jesús*. Comienza así una *nueva época*, la etapa definitiva de salvación, con *un nuevo pueblo de Dios: la humanidad entera* que está llamada a formar parte de él. Las palabras que en el Antiguo Testamento se referían a Yahvé (Jl 3, 5), se aplican aquí a Jesús, siguiendo, como de costumbre, la traducción de los LXX:

“Cuantos invoquen el nombre del Señor se salvarán” (Hch 2, 21).

Esta convicción teológica –la salvación a través de Jesús, que es ahora *el Señor*–, se vuelve a manifestar en otro pasaje bien conocido. Pedro, en su comparecencia ante el Consejo judío, afirma:

“Ese Jesús es la piedra que desechasteis vosotros los constructores y que se ha convertido en piedra angular. La salvación no está en ningún otro, pues bajo el cielo no se ha dado a los hombres otro nombre al que tengamos que invocar para salvarnos” (Hch 4, 11-12).

Que Lucas emplea este procedimiento literario –el de aplicarle a Jesús el nombre “*Kyrios*”, propio de Yahvé –con una intención teológica clara y profunda, aunque un tanto sutil–, parece cosa manifiesta, ya que en el evangelio de la infancia, como hemos insinuado, aparece en alguna ocasión aplicado a Yahvé, y en otras se refiere a Jesús⁴⁶. Tampoco faltan pasajes con carácter deliberadamente ambiguo, en los que el título de *Señor* parece referirse a Yahvé y a Jesús al mismo tiempo⁴⁷. Lucas nos hace ver de esta manera que las prerrogativas de Yahvé en el Antiguo Testamento pertenecen ahora a Jesús *desde su nacimiento*, algo impensable e inaudito, a no ser por *la revelación celeste*. Por eso Jesús, adornado con estos atributos divinos, aparece como *novedad total, e inaugura los nuevos tiempos*. El cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento en Jesús desborda, pues, con creces la perspectiva y el contenido de dichas promesas.

En relación con el término *Señor*, propio de Yahvé, y aplicado a la vez como título a Jesús, veamos un par de pasajes. Gabriel anuncia a Zacarías el nacimiento de un hijo y, hablando de su misión, le dice el ángel a su padre:

“Convertirá a muchos israelitas al Señor –“Kyrios”- su Dios” (Lc 1, 16).

Es evidente que aquí, la expresión *“al Señor su Dios”* se refiere a Yahvé. Pero el ángel, refiriéndose ahora a Juan Bautista, continúa diciendo:

“Él precederá al Señor con el espíritu y fuerza de Elías (...) preparando así al Señor –“Kyrios”- un pueblo bien dispuesto” (Lc 1, 17).

Con estas palabras Lucas se está refiriendo a la misión de Juan como precursor de Jesús, que es aquí el Señor. En el texto se presiente como un forcejeo que responde a una doble

⁴⁶ Es aplicado a Yahvé en Lc 1,46; 2, 9.15, y en este mismo contexto también a Jesús en 2, 11; Isabel llama también a Jesús *Kyrios* en Lc 1, 43, después de haber invocado a Yahvé con este mismo nombre en 1, 25.

⁴⁷ S. Zedda, *Un aspetto della cristologia di Luca: il titolo de Kyrios in Lc 1-2 e nel resto del terzo vangelo*, Rassegna di Teol. 13 (1972); en las pp. 308 y 309 sostiene la ambigüedad de *Kyrios* en algunos de estos pasajes.

intención y preocupación de Lucas: por una parte, permanecer dentro de la perspectiva histórica que supone el diálogo de Gabriel con Zacarías, ya que la comprensión y alcance de “Kyrios” para el padre de Juan Bautista no puede ser otro que identificarlo con Yahvé. Por otra parte, aunque el ángel Gabriel está anunciando el nacimiento de Juan, Lucas tiene también en cuenta su misión profética como precursor de Jesús, el “Kyrios” (Lc 3, 1-20)⁴⁸.

El segundo pasaje, que está relacionado con Lc 1, 17, se encuentra en el himno, llamado *Benedictus* (Lc 1, 67-79). En el v. 76, Zacarías, dirigiéndose a su hijo Juan, exclama:

“Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo, porque irás delante del Señor a preparar sus caminos”.

¿A quién se refiere aquí “Kyrios”? El himno había comenzado con estas palabras:

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y liberado a su pueblo, suscitándonos una fuerza salvadora en la casa de David, su servidor” (Lc 1, 68-69).

En este pasaje, *Señor* es el nombre mismo del Dios de Israel. Se refiere pues a Yahvé. Pero Zacarías bendice al Señor, Yahvé, porque ha suscitado “una fuerza salvadora en la casa de David”. El himno, pues, desde el comienzo empieza a tener en perspectiva a Jesús, de la casa de David (Lc 1, 32). Volviendo a Lc 1, 76, descubrimos un paralelismo entre las palabras de Gabriel (Lc 1, 17) y las de Zacarías (1, 76), sobre el carácter profético del niño, y sobre su misión histórica como precursor de Jesús. En ambas citas Lucas alude de manera directa a Is 40, 3, “*preparad el camino del Señor*”⁴⁹.

Podemos pues afirmar que Lucas ha querido aplicar “Kyrios” a Yahvé y a Jesús en 1, 17 y en 1, 76. Ciertamente, con una búsqueda ambigüedad y con una doble finalidad: salvar la perspectiva histórica del diálogo de Gabriel con Zacarías (1, 17), respetando la visión que Zacarías tenía de Yahvé, y aplicar al mismo tiempo sutilmente este título de *Señor* a Jesús.

Volviendo a la revelación de Dios a los pastores, en Lc 2, 11, encontramos el título de “Kyrios”, aplicado a Jesús desde su irrupción en nuestra historia. Si este título cristológico comenzó siendo propio y exclusivo de Jesús resucitado, cabe preguntarse por qué Lucas lo aplica a Jesús desde su nacimiento.

La razón fundamental hay que encontrarla en el hecho de que el evangelio de la infancia es lo más tardío de toda la obra lucana, por eso no es de extrañar que refleje su propia fe y la de las comunidades cristianas para las que Lucas escribe. Esta reflexión teológica encierra la hondura propia de una fe en Jesús que corresponde a medio siglo después de su muerte y resurrección. A la luz de este último misterio, que fue iluminando toda la vida terrestre de Jesús, las comunidades primitivas fueron también comprendiendo con mayor claridad el alcance de “Kyrios”, que era el nombre mismo de Yahvé, y que resumía sus principales atributos en relación con la historia de salvación del género humano. Comprendió también que Dios había transferido a Jesús no sólo su nombre de “Kyrios”, sino también todas las prerrogativas que este nombre único entrañaba: *influjo salvífico sobre la historia humana y*

⁴⁸ H. von Baer, *Der Heilige Geist in den Lukasschriften*, Stuttgart, 1926, 47, aplica también el Kyrios de Lc 1, 17 a Jesús. Comentando Lc 1, 15-17, escribe: “Juan debe caminar delante del Señor para reconciliar a los padres con los hijos. A través de estas palabras su mirada se dirige hacia el mayor, que viene detrás de él, hacia el Kyrios (...). El Kyrios tiene que venir detrás de Juan, y con él empieza la nueva época (...)”.

⁴⁹ La alusión se refiere también al profeta Mal 3, 1. Pero las palabras de Is 40, 3, “*preparad el camino del Señor*” están tomadas al pie de la letra, en la versión según los LXX, no sólo por Lc 3, 4, sino también por Mt 3, 3 y Mc 1, 3; los tres evangelistas las aplican a Juan Bautista como precursor de Jesús, que es el Señor – “Kyrios”-.

dominio sobre el universo. Jesús resucitado, libre ya de los límites espacio-temporales, está presente en la historia de salvación del *nuevo pueblo de Dios*, que es la humanidad entera. Aunque Jesús era ya “*Kyrios*” desde su nacimiento, comenzó a manifestarse y a ejercer las prerrogativas de este título a partir de la resurrección. Es decir, su nueva forma de vida junto al Padre, sin límites espacio-temporales, le permite estar en contacto con los que creen en él y con la gente de buena voluntad, en cualquier tiempo y lugar, haciéndose así presente en nuestra historia -de cuyo protagonismo nosotros no podemos abdicar-, para darle un sentido trascendente.

El hecho de que el título “*Kyrios*” tenga el trasfondo de los *decretos imperiales* –hemos analizado la *Inscripción de Priene* referida a César Augusto-, da a entender que los destinatarios de Lucas pudieron comprender así mejor el contenido que encierra el término *Señor*. Este título le concede a Jesús un influjo benéfico sobre toda la humanidad. Por estar vivo, Jesús no es ajeno a nuestra historia, y, a través del Espíritu de Dios, cuya plenitud él poseyó, sigue influyendo en los creyentes y gente de buena voluntad *para seguir realizando el reinado de Dios*. Jesús, como *Señor* que es, está presente en la historia humana, no para someternos ni esclavizarnos, sino para dignificarnos, abriéndonos un horizonte de trascendencia. Los seres humanos somos los protagonistas de nuestra propia historia. Jesús, presente en ella, por medio de su Espíritu nos va concediendo capacidad de amar, abriéndonos así radicalmente a las necesidades de los demás. También nos infunde sabiduría y fortaleza para que actuemos con honestidad y justicia. De esta manera contribuimos a devolverles a los marginados, oprimidos, y excluidos por la sociedad, la dignidad que nunca tuvieron o que en algún momento les fue arrebatada por los poderes económicos, políticos y religiosos de nuestro tiempo.

Así pues, los títulos de *Salvador y Señor* de Lc 2, 11, al mismo tiempo que equiparan las prerrogativas de Jesús a las de Yahvé, indican también quiénes son los destinatarios de su misión terrestre: *todos los pueblos de la tierra*. El título de *Mesías*, aunque se refiere de manera directa al pueblo de Israel, al estar en conexión con los de *Salvador y Señor*, trasciende también ese ámbito. No ha habido ningún personaje ni profeta del Antiguo Testamento con los títulos y prerrogativas que eran propios de Yahvé. El hecho de que las promesas del Antiguo Testamento se fueran a realizar en Jesús, tampoco hacía prever la hondura y trascendencia de su personalidad. Por eso es correcto hablar de *novedad total*, al referirnos a *Jesús*. La revelación celeste a los pastores nos indica que *el Mesías* no viene sólo para Israel, sino también para los gentiles. Su misión va a ser *universal y eficaz*. La universalidad le viene dada por los títulos de *Salvador y Señor*. La eficacia queda vinculada al hecho de que Jesús, desde su nacimiento, recibe la transferencia de los atributos y prerrogativas del mismo Dios, en relación con la salvación-liberación del género humano.

Jesús se presenta, pues, como *novedad total*: constituye el *nuevo comienzo de la época definitiva de salvación*, porque aparece adornado con los atributos mismos de Dios. Con Jesús se realiza un *cambio cualitativo* en la historia de la salvación. Jesús propone un mensaje totalmente *innovador* para la sociedad de su tiempo. Debido a este mensaje y a su realización, Jesús chocó frontalmente contra las autoridades político-religiosas de su tiempo. Los creyentes, que le hemos prestado nuestra adhesión, debemos examinar este mensaje con detención, para trasladarlo, adaptarlo, e intentar dar respuesta a los problemas de nuestra sociedad. La confrontación que se pueda originar con las autoridades religiosas o civiles por ser fieles al evangelio, no nos debe preocupar a tenor de la última Bienaventuranza:

“*Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por rey*” (Mt 5, 10).

11.- La señal dada por Dios: paradoja y gratuidad.

Dios no sólo anuncia a los pastores la *buena noticia*, que es al mismo tiempo *una gran alegría: el nacimiento de Jesús y los atributos con que está investido*, sino que les da *una señal*, asociada a este mensaje y a la situación que trata de esclarecer:

“*Esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre*” (Lc 2, 12).

A primera vista, esta señal parece desconcertante y enigmática⁵⁰, porque existe una desproporción manifiesta entre los títulos trascendentes con que está revestido el niño y su condición de debilidad y pobreza. Además, aunque su *forma literaria* es semejante al estilo de otros signos dados en el Antiguo Testamento⁵¹, difiere, sin embargo notablemente de ellos por su estructura y contenido. En el Antiguo Testamento los signos tenían *carácter extraordinario*, se daban para *confirmar promesas* que quedaban abiertas a una futura realización, y respondían a *la duda* manifestada por los personajes que recibían el mensaje divino⁵². Salta, pues, a la vista la enorme diferencia que existe entre estos signos, y *la señal dada a los pastores. El niño, envuelto en pañales y acostado en un pesebre*, no tiene nada de extraordinario. Responde más bien a la realidad cotidiana del nacimiento de un niño de cualquier familia normal que se hubiera encontrado en las circunstancias de María y José. Tampoco se da esta señal para garantizar *promesas*, que tendrían que realizarse *en un futuro* más o menos lejano. Todo lo contrario. En este niño recién nacido se han realizado ya con creces las promesas –recuérdense sus títulos de Salvador, Mesías, Señor-, y *él mismo se constituye en señal*. Por otra parte, *los pastores* no han mostrado ninguna duda, ni han pedido signo alguno. Con razón, afirma Légrand:

“A partir de ahora los signos han cambiado de estructura interna. Ya no son tanto fenómenos para garantizar una promesa futura, cuanto el brote espontáneo de una nueva realidad –el subrayado es mío- que irrumpe en la historia: el reino, según el vocabulario de los sinópticos, el Espíritu en la óptica particular de Lucas”⁵³.

El cambio en la estructura y en el contenido de la señal obedece fundamentalmente al hecho de que ya no estamos en *el tiempo provisional de las promesas*, sino en *el tiempo nuevo y definitivo de su realización en la persona de Jesús*. El nacimiento de Jesús inaugura una época de *realidades nuevas* –expresadas significativamente por el *hoy “sémeron”* de Lc 2, 11-, que se irán manifestando a lo largo del evangelio con al actividad y el mensaje de Jesús.

Existe, pues, una *conexión profunda* entre el anuncio celeste acerca del recién nacido con todas sus prerrogativas, y el signo dado a los pastores. Es decir, hay una relación innegable

⁵⁰ L. Légrand, *o. c.*, 169; W. Grundmann, *Das Evangelium nach Lukas*, Berlin, 1961, 83.

⁵¹ La expresión de Lc 2, 12: “*esto os servirá de señal*”, es la fórmula tradicional con que se dan diversos signos en el Antiguo Testamento; cf. Ex 3, 12; Is 37, 30; 38, 7; I Sm 2, 34; 14, 10; 2 Re 19, 29; 20, 9.

⁵² Así, estando el rey Ezequías enfermo, Isaías le anuncia la curación de parte del Señor (Is 38, 5-6); la señal dada para confirmar la curación reviste carácter extraordinario: “*Esta es la señal (...): en el reloj de sol de Acaz, haré que la sombra suba los diez grados que ha bajado*” (Is 38, 7-8); la promesa queda abierta al futuro: “*mira, añado a tus días otros quince años. Os libraré de las manos del rey de Asiria a ti y a esta ciudad, y la protegeré*” (Is 38, 5-6); la duda de Ezequías ante la promesa divina queda expresada así: “*¿cuál es la prueba de que subiré a la casa del Señor?*” (Is 38, 22). (En la Biblias más modernas, los vv. 21-22 están colocados entre los vv. 6 y 7, porque ése es su verdadero lugar).

⁵³ L. Légrand, *o. c.*, 170-171.

entre el aspecto trascendente del niño, que está en la esfera de Dios, y su condición humana de debilidad. Se trata, pues, de un signo desconcertante y paradójico, porque es *de impotencia y de pobreza*. Parece una señal irrelevante, pero encierra en sus entrañas el poder, y la riqueza de Dios, que se manifiesta como benevolencia y misericordia hacia el género humano. *La riqueza y el poder de Dios están expresados por los títulos dados a Jesús por el ángel*. En otras palabras, la grandeza, la sabiduría y el poder de Dios se esconden y se manifiestan, al mismo tiempo, a través de la sencillez, normalidad y de la debilidad e impotencia humana. Sólo por la fe podemos aceptar –sin comprenderlo del todo– la hondura de esta señal que, por muy contradictoria que pudiera parecer, lleva en su seno la eficacia, y la conexión con *una realidad nueva* que se va a ir realizando a través de la historia humana: *el reinado de Dios* que irrumpe en nuestra historia con Jesús de Nazaret.

Por lo demás, en el plan de Dios no hay otra señal que encierre y manifieste como ésta *la fuerza del evangelio*. Pablo lo manifiesta con claridad en I Cor 1, 20-25:

“20 *¡A ver un sabio, a ver un letrado, a ver un estudioso del mundo este! ¿No ha demostrado Dios que el saber de este mundo es locura? 21 Mirad, cuando Dios mostró su saber, el mundo no reconoció a Dios a través del saber; por eso Dios tuvo a bien salvar a los que creen con esa locura que predicamos. 22 Pues mientras los judíos piden señales y los griegos buscan saber, 23 nosotros predicamos a un Mesías crucificado, para los judíos un escándalo, para los paganos una locura. 24 En cambio, para los llamados, lo mismo judíos que griegos, un Mesías que es portento de Dios y saber de Dios: 25 porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la debilidad de Dios más potente que los hombres”.*

Así pues, frente a los signos palpables que buscan los judíos, y frente al saber que obsesiona a los griegos, los cristianos no ofrecemos otra señal que *un Mesías crucificado*. El signo es, de nuevo, de impotencia y de pobreza, pero también de *despojo cruento*, causado por los que han rechazado a Jesús, por haber descubierto en él *a un enemigo acérrimo* de sus intereses *religiosos, políticos y económicos*. Lo que parecía un fracaso estrepitoso y el final de una aventura, se ha convertido en *un nuevo comienzo*. Dios sale fiador de Jesús y lo resucita, constituyéndolo en *piedra angular para la liberación y salvación del género humano*. *Por la fe* descubrimos en ese Mesías crucificado, como en el niño recién nacido y acostado en el pesebre, *al portento de Dios y al saber de Dios*. Sólo la fe –que es adhesión incondicional a Jesús– descubre en el *Mesías crucificado a Jesús exaltado como Señor* a la derecha de Dios. Téngase en cuenta, además, el horizonte universalista de esta reflexión de Pablo: al contraponer a los *creyentes* en Jesús con los *judíos y griegos* –dos categorías que encierran el mundo judío y pagano–, el apóstol está pensando en toda la humanidad, en la humanidad de todos los tiempos.

Además de ser ésta la señal con la que irrumpe Jesús en nuestra historia –sus auténticas cartas credenciales–, es también un signo fundamental que deben aceptar y con el que se deben manifestar sus discípulos, los verdaderos destinatarios del evangelio: “*Esto os servirá de señal (...)*” (Lc 2, 12). Es decir, Jesús se ha presentado exhibiendo esa señal desconcertante –desde el nacimiento hasta la cruz–, y los que quieran ser discípulos suyos deben presentar esas mismas credenciales. De hecho, los pastores transmiten a continuación la *buena noticia* (Lc 2, 17), que para el pueblo en general constituye inicialmente *una sorpresa* (2, 18); para María, por el contrario, es *objeto de reflexión* (2, 19). Es que esta señal es desconcertante: difícil de aceptar, a no ser por la fe, y dura de encajar. En efecto, Jesús no nació como correspondía a sus títulos trascendentes y a su rango (Lc 2, 11). Légrand escribe acertadamente a este respecto:

“El niño en el pesebre es, pues, un signo en el sentido evangélico del término. En él se hace visible la buena noticia, y la llamada a la conversión toma forma tangible. El recién nacido constituye un anuncio perenne del evangelio y ello, tanto más, cuanto que Lucas ve en la humildad de su venida todo un programa que el Mesías de los pobres seguirá en su carrera”⁵⁴.

Estamos en el corazón mismo del evangelio: régimen de *novedad total, y pura gratuidad*. Dios, a través de Jesús, ha revelado su designio o plan de salvación que, en este caso, dista de nuestros planes *como el cielo de la tierra*:

“Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos. Oráculo del Señor. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes, que vuestros planes” (Is 55, 8-9).

Dios ha manifestado también su *opción de clase*⁵⁵, al revelarse a través de Jesús, pobre e impotente; por eso sólo puede ser aceptado por la fe. No son precisamente los grandes de este mundo, los ricos y poderosos los más capacitados para aceptar y vivir el evangelio. Como hemos visto, los privilegiados del reinado de Dios son los pobres, los marginados, los excluidos y despreciados por la sociedad, los oprimidos, la gente sencilla, el pueblo llano. El evangelio, al mismo tiempo que libera al ser humano de la marginación, explotación u opresión a las que con frecuencia se ve sometido, a su vez, lo capacita para elegir con libertad una vida sencilla que pueda dar en rostro a *“los valores” de este mundo*. De este modo, de persona marginada y oprimida, pasa a ser *persona liberada y liberadora*, para devolverle a otros su dignidad maltrecha.

Este plan de Dios, por lo *novedoso, gratuito y desconcertante*, choca frontalmente contra *“los valores”* establecidos por la sociedad y, con frecuencia, por los dirigentes religiosos, ya que son a menudo idénticos. Es paradójico y desconcertante que lo débil de este mundo sea revestido de la fortaleza de Dios para llevar adelante sus planes. No hay duda de que *va contra corriente* el afirmar que la gente sencilla, el pueblo llano, los sin nombre son los *privilegiados del reinado de Dios*. Son, en efecto, los elegidos por Dios *gratuitamente* para aceptar y llevar a cabo la salvación de Dios por medio de Jesús de Nazaret. Ésta es la paradoja y la novedad total de Jesús y de su evangelio: en lo débil, en lo que no cuenta para este mundo se manifiesta la benevolencia, la misericordia, la sabiduría y el poder de Dios. Jesús sin poder religioso, ni político ni económico, hombre enviado a los hombres, ha quedado constituido como benevolencia, misericordia, sabiduría y poder de Dios para la humanidad.

No hay que olvidar que Jesús sigue siendo hoy, como siempre, *signo de contradicción*⁵⁶, y, por tanto, ante él no se puede ser neutral, hay que tomar partido. El mismo Jesús nos da la clave para poder interpretar que él es una *señal contradictoria*: después de haber proclamado su programa de liberación en Nazaret (Lc 4, 16s), de haberlo confirmado en Cafarnaún liberando a un fanático religioso, *figura* aquí del sometimiento servil a la doctrina de los letrados (Lc 4, 31-36), y curando a muchos enfermos de variadas dolencias (4, 40), hace lo mismo ante los discípulos de Juan Bautista que le preguntan:

⁵⁴ L. Légrand, *o. c.*, 172.

⁵⁵ Lc 4, 18-19; 6, 20-26; 10, 21-22; Mt 5, 1-10; 11, 25-27.

⁵⁶ Lc 2, 34: “Simeón (...) dijo a María su madre: - Mira, éste está puesto para que en Israel unos caigan y otros se levanten, y como signo de contradicción (“sêmeion antilegomenon”); J. Mateos en su *Nuevo Testamento*, traduce este signo de contradicción, como *bandera discutida*, y la explica como *señal o estandarte al que se dará o no la adhesión* (Is 11, 10.12). El ser *señal contradictoria* lo llevará a la cruz.

-“¿Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro?” (Lc 7, 20).

Jesús responde primero con obras, es decir, restituyéndole la integridad y devolviéndole la dignidad a los que la necesitaban:

“En aquel momento curó Jesús a muchos de enfermedades, tormentos y malos espíritus, y dio la vista a muchos ciegos” (Lc 7, 21).

Luego, interpreta con palabras y metáforas proféticas, la liberación de personas con diversas necesidades y carencias que él está llevando a cabo⁵⁷:

“Id a informar a Juan de lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena noticia” (Lc 7, 21-22)⁵⁸.

Todos los verbos, expresados en esta cita –*ven, andan, quedan limpios, oyen, resucitan*–, indican *la actividad liberadora de Jesús*, según las diversas necesidades de la gente, y al final de dicha cita, esta actividad liberadora se resume así: “*a los pobres se les anuncia la buena noticia.*” El anuncio del evangelio queda, pues, identificado con la liberación que lleva Jesús a cabo con los necesitados y excluidos, a los que aquí, una vez más, se les llama *pobres*.

Pero hay más. Jesús, ante los discípulos de Juan, añade: “Y ¡dichoso el que no se escandalice de mí! (Lc 7, 23). Esta exclamación de Jesús tiene gran relieve, porque reviste la forma de una *bienaventuranza*: ¡Dichosos! Es decir, el que acepte que esta actividad liberadora de Jesús responde al designio de Dios, es proclamado *dichoso*. Por el contrario, escandalizarse de Jesús significa *rechazarlo*, como si fuera *un obstáculo* en nuestro camino para llegar a Dios, cuando en realidad es el único camino para llegar a él. En Jesús se cumple la Escritura:

“La piedra que desecharon los constructores es ahora la piedra angular. Todo el que cae sobre esa piedra se estrellará, y si ella cae sobre alguno, lo hará trizas” (Lc 20, 17-18)⁵⁹.

Encontramos también este pasaje en la I Pe 2, 4-8. Recogemos la interpretación del autor de la carta que, desde el versículo 4, está hablando de Jesús, Mesías, piedra viva y elegida por Dios. A partir del versículo 6, el autor prosigue:

6 “Yo coloco en Sión una piedra angular, elegida y digna de honor: quien crea en ella no quedará defraudado (Is 28, 16). 7 El honor es para vosotros los creyentes; para los incrédulos, en cambio, es “la piedra que habían desechado los constructores la que se

⁵⁷ En Lc 7, 22 Jesús alude a diversos pasajes proféticos que son utilizados como metáforas de liberación: Is 29, 18; 35, 5s; 42, 18.

⁵⁸ Is 61, 1-2: este pasaje es el que lee Jesús en la sinagoga de Nazaret y lo interpreta, aplicándolo a la misión que él mismo va a desarrollar (Lc 4, 18-21).

⁵⁹ La primera parte de la cita está reproduciendo el salmo 118, 22. La cita en su conjunto tiene que ver con los dirigentes del pueblo, a quienes iba dirigida la parábola de los viñadores homicidas (Lc 20, 9-16): él, el Mesías rechazado, va a fundar una *nueva comunidad*, que no tiene nada que ver ni con las instituciones de los dirigentes, ni con su estilo de vida. Toda oposición a este plan de Dios es inútil, y conducirá a la ruina de los adversarios que se estrellarán contra esta piedra angular: cf. también Hch 4, 11-12.

había convertido en piedra angular”; 8 más, “en piedra para tropezar y en roca para estrellarse” (Sal 118, 22). Ellos tropiezan por ser rebeldes al mensaje: ése es su destino”.

La conclusión es clara: rechazar a Jesús o su mensaje es ir contra el proyecto de Dios que lo ha convertido en *piedra para tropezar o en roca para estrellarse*. Es decir, *Jesús es signo de contradicción*: para el que lo acepta por la fe, se convierte en fuente de salvación; el que lo rechaza, a sabiendas de lo que hace, está realizando su propio juicio, porque se va a hacer trizas contra esa roca que está desechando.

El signo de debilidad y pobreza, manifestado en el recién nacido (Lc 2, 12), por ser paradójico, desconcertante y signo de contradicción, es de hecho rechazado por muchos, sobre todo, por los ricos y poderosos de este mundo. Dada su condición de arrogancia, opulencia y ostentación, no tienen capacidad para aceptarlo. Los pastores, en cambio, y los pobres y desvalidos a quienes ellos representan, están en perfecta sintonía con esa señal: *Jesús, un pobre, se manifiesta a los suyos*. Por eso, desde su nacimiento, existe una gran sintonía entre Jesús y los marginados y explotados, es decir, la gente excluida, oprimida y menospreciada por los *grandes de la sociedad*. Jesús se solidariza con los pobres y oprimidos de este mundo, para liberarlos de las garras de sus opresores (Lc 4, 16s): así les restituye la libertad y la dignidad humana que les pertenece. Este signo indica con claridad que el evangelio invierte la escala de valores establecidos por la sociedad : los marginados y menospreciados por las clases dirigentes son los elegidos por Dios y los verdaderos destinatarios de su revelación. Esta inversión de valores es válida también para nuestro tiempo.

Jesús, signo paradójico y desconcertante, enviado por Dios para inaugurar la época definitiva de salvación, se constituye en señal contradictoria y subversiva, a través de su actividad y de su mensaje. Es decir, *su persona, como signo, forma un todo inseparable con su mensaje y actividad*. El signo está en conexión directa con Jesús en Lc 2, 10-12, pero también incluye a los que son objeto de esta revelación y la aceptan, representados por los pastores y el pueblo sencillo. Este signo garantizó la eficacia de la misión de Jesús y continuó garantizando la eficacia de la generación apostólica. La tarea evangelizadora de muchas generaciones cristianas se ha mostrado también eficaz cuando este signo de debilidad y pobreza ha ido de la mano con su estilo de vida y su mensaje.

Hoy en día este signo sigue siendo válido, y está encarnado en muchos creyentes. Es justo nombrar en primer lugar a los que van dejando su vida a jirones en el tercer mundo, para devolverles la dignidad a tantos seres humanos oprimidos y explotados. También en nuestras latitudes se puede llevar a cabo una actividad liberadora en nombre de Jesús: inmigrantes, gente explotada por las mafias que proliferan, personas –sobre todo mujeres- maltratadas y asesinadas, drogadictos y enfermos terminales, víctimas del terrorismo y de toda clase de violencia –no hay que olvidar la violencia en las carreteras-... También encarnan este signo, con un estilo de vida sencillo, no pocas comunidades cristianas populares, así como grupos parroquiales y de otra índole que han asimilado el espíritu de Jesús. Aparte de los creyentes, hay numerosos grupos humanos, solidarios con los marginados y oprimidos: ONGs de personas comprometidas con la dignidad de los seres humanos, grupos de no creyentes embarcados en esta tarea liberadora, y que por eso están más cerca de Jesús de lo que ellos mismos pudieran pensar.

Por el contrario, donde no exista este signo, la así llamada *misión evangelizadora* no será tal, y carecerá de eficacia. Este es precisamente el drama de una parte de iglesia oficial, fundamentalmente perteneciente al *primer mundo*, perfectamente pertrechada y organizada desde estructuras de poder y con signos externos de opulencia. Su mensaje, sus escritos y su

actividad llegan cada vez a menos gente, y sobre todo, no llega a los jóvenes que tendrían que ser la iglesia del mañana. Ya lo hemos dicho: desde la pobreza, la sencillez y la debilidad del signo, se manifiesta la sabiduría, la benevolencia y la fuerza de Dios. Con este signo queda garantizada la eficacia. Desde estructuras de poder, ostentación, dominio y opulencia, el signo evangélico desaparece, y Dios se esconde. Jesús resucitado, al no reconocerse en ese estilo de vida, deja de enviar su Espíritu. El evangelio se hace así irreconocible, y por tanto carece de la fuerza de penetración que le es propia.

Esta sigue siendo la gran paradoja que representa Jesús y su evangelio, pero no hay otra señal. Como creyentes nos encontramos ante un dilema: o aceptamos personalmente y como iglesia esta señal contradictoria, o seguiremos buscando *otras señales* que nada tienen que ver con el evangelio: *el prestigio y la ostentación que proporcionan el poder y la riqueza*. Esto queda patente en las instituciones meramente humanas. Pero estos signos son siempre visibles, y, en ocasiones, suntuosos y, por lo mismo, escandalosos. En las instituciones religiosas de carácter cristiano, son precisamente estos signos los que impiden que el evangelio se manifieste y llegue a personas y comunidades con la fuerza que le es propia. Jesús y su mensaje están quedando arrinconados en nuestra sociedad, porque a través del poder humano, y de la opulencia y ostentación que comporta ese poder, se le cierra al evangelio *el cauce normal que Dios ha revelado y que Jesús ha encarnado*: en la pobreza, debilidad e impotencia humana se manifiesta la grandeza, el poder, la sabiduría y la benevolencia de Dios. Sólo así el evangelio muestra la fuerza de salvación que encierra, con la eficacia que le es propia.